

ROBERTO J. PAYRÓ

SOBRE LAS RUINAS...

DRAMA EN CUATRO ACTOS

NUEVA EDICIÓN



:::::::::: BUENOS AIRES ::::::::::
GARCÍA Y DAZZO, EDITORES
:::: 815, SARMIENTO, 825 ::::



ES PROPIEDAD

Imp. Sopena, Provenza, 95.—Barcelona.

PERSONAJES

LEONOR

LUCÍA

DOÑA JOSEFA

PETRONA

DON PEDRO

MARTÍN

JUAN

GARCÍA

FERNÁNDEZ

JERÓNIMO

NUTRIEROS 1.º y 2.º (1)

PEONES

UN CRIADO

(1) Cazadores de nutrias—roedores anfibios.

Este drama, escrito en 1902, se representó por primera vez, después de muchas vicisitudes, en el teatro de la Comedia de Buenos Aires la noche del 21 de septiembre de 1904.

ACTO PRIMERO

Una *lomada* (1) al borde de un arroyo. A la derecha del espectador, y entrando en la escena desde el primer bastidor, un *rancho* (2) de alero, con humos de casa. En el fondo vense las copas de unos sauces que se supone crecen á la orilla del arroyo, más bajo que el nivel de la casa. A la izquierda, en segundo término, un añoso y corpulento ombú. Bajo el alero, en segundo término, un *fogón* (3) campestre en el suelo, con pava (4) y demás enseres para cebar (5) *mate* (6), cabezas de vaca, etc., para sentarse.

ESCENA PRIMERA

DON PEDRO y JUAN sentados bajo el alero.

D. PEDRO.—(*Dándole un mate.*) Velay el segundo, porqu'el primero es de los *sonsos* (6), dicen. ¿Conque v'a venir el ingeniero?

JUAN.—No h'e tardar.

-
- (1) Lo mismo que loma.
(2) Choza.
(3) Hogar.
(4) Caldera de pico.
(5) Preparar.
(6) Calabaza en que se toma la infusión de la hierba del Paraguay.
(7) Tontos.

D. PEDRO.—¡Bueno, y que venga!...
¿Tenés un *negro*? (1).

JUAN.—Sí, *tata* (2), tome, sírvase. (*Le da un cigarrillo.*) Hoy, al pasar por l'esquina saqué unos cuantos paquetes y se los hice apuntar al *pulpero* (3). Luego l'he dar.

D. PEDRO.—¿No los pagastes?

JUAN.—*Diande* (4), *tata*: si no hay un rial en casa demientras no paguen la lana.

D. PEDRO.—Sí, siempre andamos de la cuarta al pértigo.

JUAN.—Pero nos fían y viene á ser lo mesmo.

D. PEDRO.—Eso es la pura verdad... (*Mirando al cielo.*) Parece que vamos á tener lluviecita.

JUAN.—Por la pinta, *tata*; el ñublau s'está poniendo fierazo p'al lau del sur.

(1) Pitillo de tabaco negro.

(2) Padre.

(3) El que en la campaña tiene á su cargo la tienda de comestibles.

(4) Con qué medios ó recursos.

D. PEDRO.—Y el ingeniero se v'aprovechar del tiempo p'a volver con la matraca de los desagües...

JUAN.—¡Ja, ja! ¡Miren que dirse p'a Uropa aprender cosas de campo, y después venir á querer enseñar á los mismos *paisanos!*... (1). Es cosa 'e morirse 'e risa.

D. PEDRO.—¡Si hoy se inventan unos *bolazos!*... (2). ¡Y lo pior es que la gente vive cada vez más desgraciada!...

JUAN.—¡Muchísimo más que antes! ¡Qué tiene que ver! Así cuentan todos los viejos del pago.

D. PEDRO.—¡Antes! ¡Antes era otra cosa! Aquí no mandaba nadie más que nosotros... ¡Nadie venía á trairnos costumbres nuevas, cosas de otros páises, hablas que no fueran el criollo puro!... La vida era diferente: con carne y mate ya estaba todo. Galleta era un lujo p'a un día 'e fiesta. Un ranchito 'e adobe p'a no dormir al se-

(1) Campesinos.

(2) Tonterías.

reno con l'helada... ¿A qué más? Hasta el paisano más pobre tenía todo lo que necesitaba, su *sotreta* (1), sus *pilchas*... (2) ¡Hoy no tiene ni un miserable *mancarrón* (3) y no ensilla más que los de *l'estancia* (4), y eso p'al trabajo á campo, y pare de contar!...

JUAN.—Eso es tan cierto...

D. PEDRO.—Ahí anda, roto y sin un rial, como si anduviera juido, pior que p'al tiempo de los contingentes... ¡Y eso qu'él es el que ha hecho esta patria!... Pero no tiene ni quien le dé una sé de agua... Antes... en ningún rancho, en ningún puesto faltaba carne colgada: áhi la tenía á su disposición y no le faltaba un rincón p'a tender el *recau*... (5).

JUAN.—Aura, el que no se desloma no come.

(1) Caballo.

(2) Ropas y arreos.

(3) Despectivo de caballo.

(4) Hacienda de campo.

(5) Los arreos del caballo, sobre los que dormía.

D. PEDRO.—¿Aura?... Lo persiguen menos, pero lo friegan más, como quien no quiere la cosa. Cuando se presenta en un'estancia pidiendo trabajo, ó no le dan, ó le pagan una mezuquindá en comparación á los *gringos* (1). Y digo yo, señor, ¿por qué se le ha 'e pagar más á un gringo que á un paisano que, al fin y al cabo, está en su tierra y en lo suyo?...

JUAN.—Dice Martín qu'es porque los criollos no saben trabajar, ó no quieren... porque son haraganes y no se sujetan...

D. PEDRO.—¿Que no se sujetan?... ¡No son esclavos, canejo!

JUAN.—¡Claro! ¡á los carcamanes los tratan como á negros; y el paisano no aguanta esas cosas!...

D. PEDRO.—¡Natural!

(1) Extranjeros.

ESCENA II

Dichos, LEONOR, acercándose á ellos.

LEONOR.—¿Han visto á Martín?

D. PEDRO.—No, ni siquiera...

JUAN.—Yo tampoco.

LEONOR.—Andaba con el ingeniero García, recorriendo los desagües, allá por el médano. Creí que viniesen á casa. Parece que los trabajos están concluídos...

D. PEDRO.—Sí; p'a eso han tenido una *punta* (1) 'e piones qué sé yo cuántos meses, cava que te cava por todos laus...

JUAN.—¡P'a lo que les ha 'e servir!

LEONOR.—No digas eso, Juan. ¡Nadie gasta inútilmente tanto dinero!...

JUAN.—Los sonsos... A casi todos los sonsos les dá por tirar la plata.

(1) Cantidades.

LEONOR.—No es el caso, y si tatita quisiera seguir mi mal consejo...

D. PEDRO.—¡Ya venís vos, como Martín y el ingeniero, á jeringarme la paciencia con los tales desagües!

LEONOR.—Su campo es bajo, tatita, y cualquier inundación lo va á dejar sin *hacienda* (1).

D. PEDRO.—¡Qué Leonor ésta!... ¡Como si mi abuelo, como si mi padre que poblaron este mesmo campo, hubieran necesitau tanto embeleco p'a criar sus animalitos y vivir con su producto!...

LEONOR.—No se está viendo todos los días la necesidad de esos sacrificios, pero puede llegar uno en que... sea la salvación haberlos hecho.

D. PEDRO.—¡Hum!... no, hijita... Si yo creyera necesarios esos desagües, ya hubiese dau con el modo de que los hiciera el ferrocarril. Ese sí: con sus terraplenes *para* l'agua, y el gobierno deb'ría hacérselos sacar.

(1) Ganado.

LEONOR.—¡Sacar los terraplenes del ferrocarril, tatita!... No: el ferrocarril tiene la obligación de abrir cuantas alcantarillas sean necesarias para la fácil salida del agua, y con eso sería suficiente de su parte... Pero usted...

JUAN.—¡Esta Leonor sabe unas cosas! ¡Sos una dotora, *ché!*... (1).

LEONOR.—Lo poquito que sé no me impide quererlos y buscar el bien de todos. Nadie respeta más á tatita que yo; pero, si veo ó me parece que está equivocado, y con perjuicio suyo, mí deber es decirle respetuosamente lo que pienso.

D. PEDRO.—Sí, Martín te ha llenau la cabeza de locuras y pavadas, pero no te ha cambiau el genio... Es qu'él también es un buen muchacho, pueblero y todo, como se está poniendo... ¡Lástima!...

JUAN.—Y hasta medio gringo, tata... ¡Ja, ja!... Figúrese que ya no anda en *recau.*

(1) Tú.

D. PEDRO.—Andará en *pelo*... (1).

JUAN.—¡Qué!... ¡En silla inglesa, como un miste!... creo qu'es p'a *ronciar* (2) á l'hija del señor Fernández... ¡la patroncita nada menos!...

D. PEDRO.—¡Lind' hombr'e campo!... ¡Mi sobrino ya no hace más que cuidar caballos á pesebre, toros con aro en el hocico, vacas *tamberas* (3)—¡cos'e vascos!—novillos que comen maíz y alfalfa seca, ovejas á *galpon!*... (4). Miren qué gracia cuidar animales d'ese modo, cuando no hay que parar *rodeo*, ni rondar l'hacienda, ni campiar, y se *yerra* (5) en brete, con el pobre animal emparedau... sin correr, ni bo-liar, ni pialar, ni nada...

JUAN.—Si hasta *esquila* (6) con máqui-n'a vapor, tata. ¡Qué gracioso!

(1) Sin montura.

(2) Festejar.

(3) De lechería.

(4) En tinglado.

(5) Los diversos trabajos en el ganado á campo abierto y en las haciendas modernas.

(6) Trasquila.

LEONOR.—Pero si todo eso es lo que da más y mejor resultado...

D. PEDRO.—No sé...

LEONOR.—Compare, tatita, lo que gastan otros estancieros, y la vida que llevamos nosotros.

D. PEDRO.—¿Y á qué más?

LEONOR.—Yo tampoco necesito más. No soy amiga del lujo...

D. PEDRO.—¡Oh!, ¿y entonces?...

LEONOR.—Pero sé que pueden venir años malos—ya han venido muchas veces,—y es prudente hacer economías, poder hacerlas... Ahora, todo lo que entra se va por un mismo camino, en las simples necesidades de la casa...

D. PEDRO.—Así ha sido siempre... ¿Y diande t'imaginas que podríamos sacar p'a tener guardau?...

LEONOR.—Tratando de que la estancia produzca más.

JUAN.—Dice Martín que la de Fernández, del mismo tamaño d'esta y con el mismo campo, da diez veces más...

LEONOR.—Y es ciertò.

D. PEDRO.—Sí, pero lo que no dice es que tiene que gastar veinte veces más con los alfalfaes, las sementeras, los galpones, las máquinas, los animales de *estrangis* (1), y tod'esa punta 'e cosas... Y juera d'eso, digo yo, ¿no es una vergüenza que los animales vivan mejor que la gente, en pesebres que parecen capillitas, con maderas lustradas, adornos de fierro y hasta vidrios de colores?... ¡Y con sirvientes, sí, señor!... Y no sólo los *parejeros* (2), qu'ésos al fin y al cabo hay que cuidarlos, sino también los toros y los novillos, y las ovejas, y hasta los *chanchos* (3) que tienen en el chiquero piso 'e piedra, y eso que chanchito limpio nunq'engorda... ¿No es una atrocidá que los animales estén en palacios, mientras los cristia-

(1) Importados.

(2) Caballòs de carreras.

(3) Cerdos.

nos andan sin un techo y muriéndose de hambre?... ¡No, señor! ¡La hacienda en el campo, los cristianos en las casas!...

LEONOR.—Nos salimos de la cuestión. El hecho es que Martín, como mayordomo, gana más que usted como estanciero, tata.

D. PEDRO.—¡Lo qu'es eso!... ¿Dónde mete la plata, que no se le ve?

LEONOR.—La invierte en la misma estancia; como ahora tiene una participación... *(Se aleja hacia el fondo.)*

JUAN.—¿Y á usted le parece, tata, que los toros puros y los mestizos darán más que los criollos?...

D. PEDRO.—¡Qué han de dar!... Han entrau en moda, pero ya pasará.

JUAN.—Pues Martín dice qu'él ha estudiantau bien la cosa, y qu'es así.

D. PEDRO.—¡Bah! ¿No estás viendo que los criollos son del mesmo tamaño?

JUAN.—Dice que tienen los güesos mucho más grandes, y como el güeso no

vale casi nada al *lau* (1) de la carne...

D. PEDRO.—¡Novelerías de Martín!
¡Vos también parece qu'en ocasiones
te ablandás, y comenzás á hacerle ca-
so á sus *gringadas!* (2).

JUAN.—Como, al fin y al cabo, es más
láido que yo.

D. PEDRO.—Pero vos sos más de cam-
po: vos sos un paisano.

LEONOR.—(*Con cierta alegría é inquietud.*) ¡Ahí viene el ingeniero!

D. PEDRO.—A perder tiempo y fasti-
diar con sus canales... ¡Que no
amuele!

LEONOR.—¡Oh, tatita!

JUAN.—(*Aparte á Leonor.*) Dice que le
gusta mucho conversar con tata vie-
jo; pero para mí... esos mocitos de
la ciudá nunca intentan cosa güeña...

LEONOR.—(*Aparte á Juan.*) ¿Qué quie-
res decir?

JUAN.—Nada, pero...

LEONOR.—¿Pero?

(1) Comparado con la.

(2) Exotismos.

JUAN.—La verdá es que *sabe* (1) andar muy á menudo por estos laus...

LEONOR.—Como que el canal grande...

JUAN.—¡Hum!... Si me quisieras crér...

LEONOR. — (*Mirándose el vestido.*)

Voy á...

JUAN.—No, quedate así no más. Si estás muy buena moza... (*Alejándose.*)

¡Demasiado!...

GARCÍA.—(*Entrando y cruzándose con Juan.*) Buenas tardes.

JUAN.—(*Saliendo, medio hosco.*) Güenas tardes.

ESCENA III

DON PEDRO, LEONOR y GARCÍA.

GARCÍA.—Salud, don Pedro... A los pies de usted, señorita Leonor.

D. PEDRO.—¡Hola, amigo!

LEONOR.—Señor García...

D. PEDRO.—¿Y qué buen viento lo trái por este su rancho?

(1) Suele.

GARCÍA.—Ya se lo imaginará usted...

D. PEDRO.—Lo de siempre, ¿no?

GARCÍA.—Sí, lo de siempre, pero por última vez. He terminado los trabajos, y voy á regresar uno de estos días.

LEONOR.—(*Sentida.*) ¿Tan pronto?

GARCÍA.—Pero, si he estado meses enteros... Y ahora tengo mucho que hacer en la ciudad, y aquí, absolutamente nada... Pero, antes de irme, he querido tratar nuevamente de convencerlo.

D. PEDRO.—Es de balde, don...

LEONOR.—Pero, tatita, escucha al señor García: tiene tanta razón...

GARCÍA.—Eso es: empéñese usted, señorita. Sin duda podrá lo que nosotros no hemos podido.

LEONOR.—¡Oh! si usted que sabe demostrar tan bien las cosas no lo convence...

D. PEDRO.—¡Nadie! Nunca se han necesitau esas cosas, y áura, ¿por qué se habrían de necesitar?...

GARCÍA.—No crea, don Pedro. El régi-

men de las aguas ha venido variando del oeste para acá y del Tandil hacia el Salado, por los grandes cultivos, los bosques, los terraplenes de ferrocarriles... Ahora hay que ser más precavidos que antes, ver que las cosas varían rápidamente, pensar en mañana... Las mismas obras del campo de Fernández por un lado, y las trincheras de ese ferrocarril por otro, le dejan la estancia en mucho peores condiciones que nunca.

D. PEDRO.—Y si el ferrocarril me ha embromau el campo, ¿cómo no hace él mesmo los desagües?

GARCÍA.—Usted podría exigírselo, siquiera en parte. ¡Ya se lo he repetido tantas veces en estos últimos años!...

D. PEDRO.—¿Con un *pláito* (1), no? ¡Meterse en pláitos es no tener *cruz en el mate!* (2).

GARCÍA.—Hágalos usted por su cuenta,

(1) Pleito.

(2) Juicio.

entonces. El trabajo resulta facilitado por el que se ha hecho en el campo vecino: tengo los planos, las cotas, los niveles; las máquinas, las herramientas y los peones están todavía aquí y no exigen gastos de transporte y traslación... Además, su sobrino Martín y yo conseguiríamos fácilmente que el señor Fernández contribuyera—no es un favor que le haría á usted, sino un derecho suyo,—á título de indemnización por los perjuicios que sus obras pudieran ocasionarle.

D. PEDRO.—Sí, Fernández es un buen vecino, ya sé. Pero mire: es de balde, ya l'he dicho. Lo cierto del caso es que no veo la necesidad... Al contrario.

LEONOR.—Pero, tatita, una inundación...

D. PEDRO.—No, no; nada de cambios ni trastornos. Tras de los canales vendría otra cosa, y otra más. En estas novedades y novelerías, uno sabe

dónde empieza, pero no ande v'a parar... Y yo acá ¡á lo que te criaste! En este campito y en este rancho, qu'entonces se consideraba una gran casa, nació yo. Aquí han nacido Juan y Lionor. Aquí murió mi pobre mujer... Esta casa no se ha'e tocar mientras Dios m'emprieste la vida. Basta que no se caig'a pedazos y no se haga una tapera... ¡Aquí está toda la historia de un buen paisano, y no quiero cosas que no me hablen al alma!...

GARCÍA.—No habrá que tocar la casa...

D. PEDRO.—Aura, ¿y después?... No importa, y además, ¿quiere que le sea franco?... Pues no tengo un cobre disponible.

GARCÍA.—Para una obra así encontraría inmediatamente dinero.

D. PEDRO.—¿Empeñarse, no?... ¡Pues ni a'nque tuviera, don! Al *matungo* (1) viejo hay que matarlo ó dejarle sus resabios. Yo no soy Martín, p'a

(1) Jamelgo.

salirme de mi condición... y en él tuavía sería más perdonable, por lo muchacho qu'es.

GARCÍA.—No veo en qué se sale de su condición.

LEONOR.—¡Ni yo, tatita!

D. PEDRO.—En todo, ¡caray! Si ya ni parece de la familia...

GARCÍA.—¿No lo quiere usted mucho?...

D. PEDRO.—¡Y cómo no lo h'e querer, señor! Justamente porque lo quiero es que me afligè... ¡Hacer en el campo en que manda, él solo, como patrón, lo mesmo que hacen los gringos es como... como contramarcarse!

GARCÍA.—Es seguir el progreso, no otra cosa, don Pedro. Pero... dejemos esto y permítame que...

D. PEDRO.—¡Dale, Juan, al canastillo!... Es inútil, don... (*Malhumorado.*) Y dispense... (*Reprimiéndose.*) un ratito. (*Vase.*)

GARCÍA.—¡Qué le hemos de hacer!

LEONOR. — Tatita es inquebrantable

cuando tiene una idea en la cabeza...
Y si usted mismo no ha podido persuadirlo...

ESCENA IV

LEONOR y GARCÍA.

GARCÍA.—Y contando con su ayuda.

LEONOR.—¡Pobre ayuda! Sin embargo, he aprovechado todas las ocasiones posibles para machacarle hasta el cansancio todo lo que usted le dice con tanta razón. ¡Oh! ¡ya sé el discurso de memoria!...

GARCÍA.—No esperaba hallar una aliada tan discreta en...

LEONOR.—¿En una pobre paisanita como yo?

GARCÍA.—¡Señorita! ¡Cómo se imagina usted!...

LEONOR.—Sí, no lo dirá, pero tiene que pensarlo. Y no me ofende con eso, porque es la pura verdad. Soy una pobre paisanita que nunca ha salido del rancho sino para galopar por los alre-

dedores ó hasta la escuela del pueblo... Tatita me ha dejado, el pobre, siendo una rústica, ¡y quién sabe todavía si no ha tenido razón!... ¡Oh! ¡No me quejo, no! También en el campo se ha de poder llegar á ser feliz...

GARCÍA.—¿Llegar á ser? ¿Qué, no lo es usted?

LEONOR.—¿Yo... yo?... ¡Oh, sí! ¡Muy feliz!

GARCÍA.—¡Lo dice usted de un modo!... Pero, ¡vamos! no tengo derecho de provocar sus confianzas; perdone usted mi indiscreción.

LEONOR.—¿Indiscreción? No la veo. Nada tengo que reservar. Y al decirle que soy feliz... le digo la verdad.

GARCÍA.—La expresión de su voz me había hecho sospechar lo contrario... Además, una joven, siempre tan sola, puede fastidiarse algunas veces; y el fastidio es una pena...

LEONOR.—¡Hay tanto qué hacer en una casa, sobre todo cuando es pobre!...

Y fuera de esas tareas tengo también mi jardincito, con sus plantitas y hasta un ojo de agua allí abajo, junto al arroyo, al pie de la *barranca* (1), con dos sauces que llegan con la copa hasta aquí arriba, ¿no los ve? Pues allí me paso las horas muertas, cuidando mis flores, cosiendo ó leyendo á la sombra, con esa luz verdosa, tan suave...

GARCÍA.—(*Comenzando á interesarse*).
...¿Y lee usted mucho?

LEONOR.—Bastante.

GARCÍA.—¿Novelas, de seguro?

LEONOR.—¡Oh! ¡me gustan tanto!... Pero Martín no quiere traerme... El es mi proveedor, mi bibliotecario... Pero en cuanto á novelas, pocas... Dice que falsean y disfrazan la vida, ó no muestran más que su lado horrible, salvo raras excepciones... Pero algunas he leído, ¡tan lindas!... ¡tan lindas que á veces lloraba, confundíndome con las mujeres que apare-

(1) Costa alta.

cen en ellas... todas muy diferentes de mí, con otros pensamientos, con otra vida... con otra vida sobre todo!...

GARCÍA.—Ya comprendo, entonces, que Martín se muestre severo en la materia.

LEONOR.—(*Sorprendida.*) ¿Por qué?

GARCÍA.—No, nada...

LEONOR.—¡Sea usted más franco!

GARCÍA.—Pues... temerá dar demasiado incentivo á sus sentimientos... Digo... (*Evasivamente.*) eso se me ocurre... no tengo por qué... (*Cambiando de tono.*) Y ¿qué libros le trae?...

LEONOR.—¡Oh! Fuera de algunos libros de Sarmiento, de Mitre, de López... Fuera de eso ¡unas cosas!... Cosas de ganadería, de agricultura, de economía doméstica, qué sé yo... Hay días en que me aburren mortalmente; otros llegan á interesarme, y entonces aprendo... Es un gusto aprender. Martín me lo ha demostrado; pero le costó, le aseguro... ¡Es tan bueno

Martín... y se preocupa tanto de nosotros!... Pero la única que ha seguido sus consejos he sido yo. Tatita dice que antes no se necesitaban «tantas letras», y Juan, por consiguiente, repite lo mismo. Para él no existe otra máxima que ésta: «Tata es un hombre honrado, respetado, feliz, y si no es rico tampoco es un pordiosero. ¿Por qué no he de ser yo lo mismo que él?» Pero yo, desde que salí de la escuela, me puse á estudiar, y muy contenta, con Martín. ¡Con qué paciencia me enseñaba, y cuántas cosas que me sorprendían!... El me dice siempre que era por «egoísmo», para ir formándose una «interlocutora» en estas soledades... Yo no creo en ese egoísmo... ¡Y cómo se afanaba por hacerme aprender á hablar con corrección! Y con algún éxito, ¿no es cierto? (*Mucha naturalidad.*) Porque yo no hablo del todo como una paisana...

GARCÍA.—¡Cómo una paisana! ¡Habla usted de tal modo que me tenía embe-

lesado!... Ya sabía yo que Martín era su profesor, pero tantos primores... ¡Comprendo!... Desde que se formaba una «interlocutora»... ¡que sea por muchos años, y muy felices!

LEONOR.—No le entiendo...

GARCÍA.—Ya entenderá... ¿Le quiere usted mucho?

LEONOR.—Como si fuera otro hermano, más sabio pero no mejor que mi Juan... A Juan, tan tosco pero tan bueno, lo quiero como á un hermano menor algo rebelde, de quien no hay que exigir demasiado...

GARCÍA.—¿Y á su papá?...

LEONOR.—¡Oh! ¡Tatita es un corazón y un relicario! En él me parece ver vivo todo lo pasado, la historia de nuestro pago, del país, la familia, mi madre... Lo adoro y lo venero, sencillamente.

GARCÍA.—¡Señorita, tiene usted un alma muy grande! Pensar así en estas épocas y cuando se conoce algo más que esto... (*Señalando en torno su-*

yo.) Martín tiene derecho de estar orgulloso de su discípula... é interlocutora...

LEONOR.—¡No sé por qué me dan tanta tristeza sus palabras!

GARCÍA.—En su modo de ser, se parece usted á la señorita Lucía, la hija del señor Fernández...

LEONOR.—(*Sobrecogida.*) ¡A la señorita Lucía!...

GARCÍA.—Sí, y tenga usted en cuenta que es la joven más digna de admiración que conozco.

LEONOR.—(*Algo turbada.*) Y esa niña... Está aquí hace ya algún tiempo, ¿no es verdad?

GARCÍA.—Una semana... No tardará en venir á ofrecerles la casa, como buena vecina.

LEONOR.—Ya ha estado varias veces en la estancia, y nunca ha venido.

GARCÍA.—Descuido comprensible y disculpable, desde que vienen huyendo de las exigencias sociales, á descansar de tanta fiesta y tanto compromiso.

Y luego, creo que estaban muy poco...

LEONOR.—Sí, casi nada... ¿Hace mucho que conoce usted á la señorita Lucía?

GARCÍA.—Algunos años; pero nuestra relación era muy superficial, sin intimidad alguna: encuentros fortuitos en fiestas y salones... Sólo ahora, por la circunstancia de hospedarme en su propia casa...

LEONOR.—Sí...

GARCÍA.—Se alegrará usted de conocerla, le aseguro.

LEONOR.—¡Dicen que es muy linda!...

GARCÍA.—¡Bellísima! Y luego, tan inteligente, tan discreta, de un carácter tan alegre y tan bondadoso...

LEONOR.—¡Quién fuera como ella!

GARCÍA.—Le repito que usted se le parece. Salvo que es un poco más melancólica.

LEONOR.—¡Es tan melancólico el campo!... que contagia á los que vivimos en él...

GARCÍA.—(*Alarmado.*) ¿Se halla usted incómoda?...

LEONOR.—No, no; muchas gracias...

GARCÍA.—Temía... había creído... (*Se queda pensativo, luego sacude la cabeza como quien rechaza una vana preocupación.*)

ESCENA. V

LEONOR, GARCÍA, DON PEDRO, JUAN; en seguida MARTÍN (1) y luego PETRONA.

JUAN.—(*Aparte á don Pedro en el fondo.*) No, me había equivocau. Los h'estau mirando...

D. PEDRO.—¿No te decía yo?

JUAN.—Pero ella, la pobrecita...

D. PEDRO.—¿Qué?

JUAN.—¡Bah! Puede que sean cosas más no más.

D. PEDRO.—(*Acercándose á Leonor y*

(1) En esta escena, el actor que representa á Martín no sólo sostiene sus ideas; disputa, sin decirlo, su preeminencia de varón para la conquista de Lucía.

notando su turbación.) ¿Qué tenés, hija, questás toda trémula?

LEONOR.—¿Yo? Nada. Será el viento.

JUAN.—Sí, la tormenta no ha de tardar.

GARCÍA.—El cielo se encapota, en efecto. Será mejor que me vaya.

JUAN.—Como usté mande.

MARTÍN.—(*Entrando.*) Muy buenas tardes. Salud, tío. ¿Cómo estás, primita? ¿Cómo te va, Juan? (*A García.*) Nosotros ya estamos saludados.

GARCÍA.—Desde la madrugada. Y yo, precisamente... (*Ha tomado el sombrero.*)

MARTÍN.—(*Sin oírle.*) Pues dentro de un rato estará aquí el señor Fernández con las señoras... (*García deja nuevamente el sombrero.*)

JUAN.—(*A García, físgón.*) ¡No se nos vaya, pues!...

MARTÍN.—(*A Leonor.*) Y me he apresurado á traerte estas galletitas, para acompañar el te.

LEONOR.—Hiciste bien, porque aquí no teníamos nada con que obsequiarles.

¡Petrona! (*A Petrona, que sale.*) Pon á calentar agua del arroyo para hacer te... Del arroyo, del pozo no... ya sabes que no sirve.

PETRONA.—El agua del arroyo está viniendo cada vez más turbia, niña.

D. PEDRO.—Sí, debe llover fuerte por ahí arriba.

LEONOR.—En la tinaja habrá agua asentada. . .

PETRONA.—Sí, niña, está muy bien.

(*Vase Petrona, que en seguida vuelve á ayudar á Leonor en sus preparativos. Leonor arregla una mesa bastante bonita, con flores en el centro.*)

LEONOR.—Yo me entretendré en ir arreglando la mesa. (*Martín y García quedan en primer término. D. Pedro y Juan junto al fogón. En esta escena y las siguientes, ambos se ocupan de los mil quehaceres del gaucho que son más bien entretenimientos.*)

MARTÍN.—(*A García.*) ¿Habló á mi tío?

GARCÍA.—Sí, pues.

MARTÍN.—¿Con resultado?

GARCÍA.—Sinapismos á una pata de palo, como vulgarmente se dice. El hombre no quiere ablandarse, y es inútil insistir.

MARTÍN.—Pero había que tentar el último esfuerzo para su bien y el de los suyos. ¡En fin! ¡Hemos hecho cuanto hemos podido, y ahora Dios dirá!

GARCÍA.—Los viejos creen que dando paso al progreso y rompiendo con sus antiguas costumbres se labran su propia sepultura. Y la rutina...

MARTÍN.—¡Oh, amigo García! ¡Dejemos que los viejos acaben en paz su carrera! Ellos nos han dejado el campo libre de estorbos...

GARCÍA.—No lo pongo en duda: quizá pensemos lo mismo sin advertirlo.

MARTÍN.—¿Cómo?

GARCÍA.—Los viejos de que yo hablo son los que se oponen con su fuerza de inercia á la rápida marcha ascendente del progreso: unos porque lo desconocen, otros porque les incomoda variar, otros porque son conserva-

dores en el sentido mezquino de la palabra, y odian cuanto puede significar un cambio que los descalificaría ó disminuiría... Para ellos las cosas siguen como hace un cuarto de siglo, ó deben seguir así. No han mirado sino como cosa pasajera, como capricho de la moda, la transformación operada en todas partes. Ni siquiera han advertido que los gorriones extranjeros han ahuyentado al chingolo criollo. Están ajenos á los procedimientos nuevos, y miran con desdén á los que dan mate cocido á sus peones para que no holgazaneen en el fogón.

MARTÍN.—¡Oh! ¡Me explico esa resistencia! Diríase que es algo de la nacionalidad perseguida por todos lados y que no quiere ceder el campo sin lucha. Observe que los más retardatarios son los más genuinamente criollos.

GARCÍA.—Su tío...

MARTÍN.—Mi tío, por ejemplo.

GARCÍA.—Pero usted y tantos otros que progresan, ¿no son acaso criollos, aunque transformados?

MARTÍN.—¡Transformados!

GARCÍA.—Los otros, inmóviles, se alejan cada vez más del nuevo tipo. No son hijos del país sino de su historia... Anacronismos, reliquias... Casi tanto valdría ser exóticos... ¡Y nos causan enorme perjuicio!

MARTÍN.—¡Bah! No exageremos, amigo mío. Quieren conservar lo que han hecho tal como lo hicieron. Sus esfuerzos son vituperables desde el punto de vista abstracto, y para los que anhelan el progreso indefinido y vertiginoso. ¡Pero son tan humanos!... ¿No le parecería á usted egoísmo obligarlos á presenciar y facilitar la demolición de cuanto ellos mismos construyeron juzgando entonces que era lo mejor?

GARCÍA.—Pero contagian á las generaciones jóvenes. Mire usted á Juan, su primo...

MARTÍN. — Excepciones. Fenómenos transitorios.

GARCÍA.—La marcha de la sociedad tiene exigencias que parecen crueles, pero que son benéficas para la mayoría, y fatales, ineludibles además. Ahora, el *gaucho* (1) es un elemento inerte, y por lo tanto inútil y embarazoso. Tiene que desaparecer y desaparecerá.

MARTÍN.—¿Cómo?

GARCÍA.—Por degeneración; que es muerte, y por absorción, que es transformación.

MARTÍN.—Habría que averiguar todavía, después de eso, si nuestro mundo no tardará demasiado en ser feliz.

GARCÍA.—¡Oh! si hablamos de felicidad... cuestión tan relativa...

MARTÍN.—Y si no se ha de ser más feliz, ¿para qué perder el carácter, el sello nacional, no digo sólo hasta el lógico punto de acoger el progreso y

(1) Habitante inculto de las Pampas.

fomentarlo, sino hasta el de condenar tranquilamente á muerte al gaucho, sin una palpitación, sin una lágrima?...

GARCÍA.—Porque el progreso dice: el que no está radicalmente conmigo está contra mí, y castiga á los tibios.

MARTÍN.—Según eso, habría que renegar de todo lo atrasado, aunque fuera querido, so pena de sufrir.

GARCÍA.—Casi puede considerarse ley.

MARTÍN.—¡Bah! ¡entonces... yo me quedo con los míos, porque no quiero ser fanático, ni aun del progreso!

LEONOR.—(*Que ha escuchado esta última parte del diálogo.*) Así me gusta oírte hablar, no cuando criticas su apatía y vituperas amargamente su ignorancia, tan natural.

GARCÍA.—Sí, esos sentimientos son muy elevados, muy dignos de ustedes, pero el hecho es, lo repito, que no se ponen impunemente barreras al progreso, ni aun en nombre del sentimentalismo. ¡Es tan peligroso! De repen-

te, los que se oponen á su marcha, aunque sea indirectamente, son arrollados por él, como los *aguaciles* (1), cuando tratan de volar contra el viento.

LEONOR.—Sin embargo, ¡hay tantos que merecen simpatía, porque «están en su ley» como ellos dicen! ¡Qué mal me parece, siempre que Martín disminuye á los suyos... á los nuestros!

MARTÍN.—Y efectivamente hago mal, porque ellos no tienen la culpa; Juan, por ejemplo, nació, ha vivido y vive en medio de esta rudeza: su alma primitiva no ha recibido otro sello que el de los hombres y las cosas que lo rodean. Las circunstancias lo dejaron siendo el «gaucho», valiente, sobrio, generoso, sufrido, fatalista, en cuyo cerebro no caben más que algunas ideas sencillas, rudimentales, pero cuyo corazón, en cambio, es apto para sentimientos profundos, sin complicación ni doblez: el corazón de mi tío...

(1) Libélulas.

LEONOR.—Así, así es. (*Vuelve á la mesa.*)

MARTÍN.—Cuando yo nací, años más tarde, mi padre se hallaba en buena posición, y accediendo á las súplicas de mi madre, me mandó á la escuela primero, á Buenos Aires después...

GARCÍA.—¿Al Colegio Nacional?

MARTÍN.—No. A la Escuela de Agronomía y Veterinaria. Allí aprendí, sobre todo, á investigar, informarme, meditar: la curiosidad y sus aplicaciones. Esto lo he contagiado á Leonor. Ya somos, por eso, distintos de los otros. Pero, ¿lo seríamos espontáneamente?

GARCÍA.—Quizá. Porque los otros no aman el progreso ni son curiosos, y ustedes sí.

MARTÍN.—Lo amamos porque ya lo comprendemos ó creemos comprenderlo, y nuestra curiosidad es ó puede ser provocada, artificial... ¡Cuántas veces al recorrer el campo de Fernández, que fué nuestro, me sorprende vivo el recuerdo de lo que era antes,

en mi niñez, con sus *caldenes* (1) y sus talas llenos de nidos, y echo de menos instintiva y dolorosamente lo que fué, lo que pasó: el ranchito descalabrado de los pobres *puesteros* (2), los gauchos amigos que me paseaban en *ancas* (3) por allí, los espartillares poblados de pájaros, los *fachinales* (4) con sus *gatitos* (5), y hasta las mismas *vizcacheras* (6) con sus centinelas, las lechuzas!... ¡Oh! el pasado, á pesar de todo, tiene una grande, una poderosísima poesía, que impera en las almas más ingenuas, y que no se desvanece ni para los espíritus más elevados.

GARCÍA.—Pero sobre él se alza el presente.

MARTÍN.—¿Deja de ser cimiento? ¿Deja de haber existido? Algunas veces me da pena considerarlo definitiva-

-
- (1) Árboles peculiares de la región pampeana.
 - (2) Pastores.
 - (3) A la grupa.
 - (4) Pajales.
 - (5) Gatos monteses.
 - (6) Madrigueras de vizcachas (roedores).

mente muerto; y al ver aún á los hombres de otras épocas, en medio de cosas tan distintas, siento compasión por ellos y me pregunto... si no sería mejor esperar un poco más, antes de dar con todo en tierra... aguardar á que se marchen, como el hombre bien educado cuando tiene que corregir algo que otro ha hecho y no quiere herirlo ni mortificarlo...

GARCÍA.—Eso sería detenerse. En todas las épocas hay hombres de otra época.

MARTÍN.—Es evidente. Pero aquí se trata de los fundadores...

GARCÍA.—¡Y el porvenir empuja con tanta prisa!

MARTÍN.—Sí, es verdad. ¡En todas las formas, bajo todos los aspectos! No hay en nosotros aspiración material, ni intelectual, ni sentimiento siquiera, en que no esté latente por lo menos el empuje del porvenir, un ansia instintiva de progreso y de ascensión.

GARCÍA.—(*Algo preocupado.*) ¿En lo sentimental también, dice usted?

MARTÍN.—Generalmente sí, á mi juicio. Siempre se mira hacia arriba...

GARCÍA.—(*Como receloso.*) No comprendo muy bien... pero, en fin... (*Sonriendo y con cierta intención.*) Lo malo es que á veces el pasado nos envuelve de tal manera, nos ata tan estrechamente, que es inútil mirar así, hacia arriba... El círculo es de hierro, no se puede romper... y hay que bajar de nuevo, y tenemos que contentarnos con lo que nos rodea.

MARTÍN.—(*Pensativo.*) Sí... es posible...

GARCÍA.—¡Lo he visto tantas veces! Hay momentos, hay períodos enteros, y sobre todo, hay individualidades para quienes el pasado se impone al presente, y lo borra, y lo suprime...

MARTÍN.—Y en esos casos...

GARCÍA.—Hay que esperar á que esa forma del pasado—porque es una forma, una apariencia, aunque formi-

dable y poderosa, —se desplome por fin, conservando, entre tanto, latentes las aspiraciones y los empujes, como los conserva la semilla que tarda en caer sobre la tierra. Y luego... se edifica sobre las ruinas...

MARTÍN.—¡Tristes deben ser esos períodos de inmovilidad mientras llega la hora de construir!

GARCÍA.—Tristes y amargos. Pero... el pasado... el presente... ¡bah! ¿quién puede hacer más que vagas conjeturas, quién puede andar sino á tientas? ¡Lástima los detenidos á pesar suyo!

MARTÍN.—(*Pensativo.*) A pesar suyo... (*Pausa. Luego, como quien toma una resolución, á don Pedro.*) ¡Tío! es preciso que haga un esfuerzo para seguir la marcha de los demás, el progreso. Resuélvase por los desagües... Mire que ya no se puede quedar en el camino, sin sufrir...

D. PEDRO.—(*Sosegadamente y con sorna.*) Tu tata, mi hermano Francisco,

al último también tenía esas ideas *estrambólicas*, y ¿qué sacó con eso? Que aura vos seás apenas mayordomo del mismo campo qu'era tuyo. ¡Si hubiera vivido tranquilamente como yo, hoy tuavía serías dueño de l'estancia!

MARTÍN.—La lucha política se llevó la fortunita de mi padre, no otra cosa. ¡Pero, si hoy viviera, estoy seguro de que ya habría vuelto á ser rico, porque se había hecho progresista, tío, y porque lo hubiese ayudado yo! ¿No me ve ganando la vida y hasta ahorrando para hacerme algún día independiente?

D. PEDRO.—¡Pero no quita que trabajés casi como pión en lo mesmo qu'era tuyo!

MARTÍN.—No deajo de sentirlo... Pero... hay que trabajar en una parte ó en otra, y al fin, allí estoy cerca de ustedes. Puede decirse que no tengo quien me mande, y muchos hay que nunca llegarían á tanto.

JUAN.—(*Lastimado como si aludieran á él.*) ¿Lo decís por mí?

MARTÍN.—¿Cómo lo he decir por ti, Juan! Tú te ganarías siempre la vida en cualquier parte, porque eres un hombre trabajador, sufrido, diestro, y en todas serías respetado por tu valor, por tu bondad, por tu honradez...

JUAN.—(*Conmovido.*) Yo créi...

MARTÍN.—¿Porque eres un paisano? ¿y eso qué tiene? Valen más los paisanos sencillos...

D. PEDRO.—(*Interrumpiéndolo.*) ¡No decía yo!... Tu abuelo era un paisano, tu tío es otro, tu primo igual. No podías estarnos despreceando, ni preferirnos los gringos... ¡Miren qué comparación! ¡El paisano es otra cosa, más hombre, más generoso, más valiente, más soldau!... ¡Vieras al criollo en la guerra del Paraguay, p'a no ir más lejos!...

MARTÍN.—¿Qué mi tío éste!

LEONÓR.—(*Que se había asomado al foro.*) ¡Tatita; Juan; Martín! ¡Aquí están! ¡Salgan á recibir!...

ESCENA VI

Dichos y FERNÁNDEZ con traje de balneario.—DOÑA JOSEFA y LUCÍA, ricamente puestas.

D. PEDRO.—(*Adelantándose á recibirlos, junto con los demás, menos Juan, que se queda algo cortado.*) ¡Nunca más honraus!

LEONOR.—¡Oh, señora! ¡qué amable! ¡qué grata sorpresa! Señorita... Tomen ustedes asiento. (*Petrona saca algunas sillas de paja.*)

LUCÍA.—Muchas gracias.

LEONOR.—Salvo que estén mejor adentro... Hace tanto calor...

JOSEFA.—¡Ay, hijita! ¡Un calor horrible! En mi tiempo no se asaba uno así... También es verdad que no se usaban estas modas...

LUCÍA.—Ya *má* (1) tiene que empezar

(1) Mamá.

á defender los tiempos viejos, sin que nadie los ataque...

JOSEFA.—Mejores que éstos eran, aunque la gente viviese con más pobreza. ¡Y lo que es estos solazos!...

FERNÁNDEZ.—¡Cuidado, Josefita! No sea que nosotros hayamos cambiado más que el tiempo; quizás al envejecer...

LUCÍA.—¡Bien podías ser un poco más galante, pá!... ¡Envejecer!...

FERNÁNDEZ.—¡Bah! Chicuela... ¿Acaso no caigo yo también envuelto en la alusión, en la volteada, no, don Pedro?

D. PEDRO.—La señora tiene razón... Cuando yo era mozo, algunas cosas güenas había que áura no hay...

JOSEFA.—¡Diga usted muchas!

FERNÁNDEZ.—Nuestra propia juventud entre otras... (*Martín va á acercarse á Lucía.*)

LUCÍA.—¿Y usted también por acá, señor García?

GARCÍA.—(*Sentándose á su lado.*) Sí,

señorita. He venido á tratar por última vez de convencer á mi amigo don Pedro...

FERNÁNDEZ.—Sobre los desagües, ¿no?

GARCÍA.—Sí, señor.

FERNÁNDEZ.—(*A don Pedro.*) Ya sabe, compañero, que estoy dispuesto á ayudarlo, reconociendo su derecho... No quiero pleitos con nadie, y menos con tan buen vecino.

D. PEDRO.—Es que yo no soy hombre 'e pláitos, ni h'e pasarme nada que les dé pie. No necesito desagües ni pampinas.

JOSEFA.—Y tiene mucha razón, porque cuestan un dineral, y después...

FERNÁNDEZ.—Y después, hijita, si un día no nos quedamos en la calle se lo deberemos á ellos.

D. PEDRO.—¡Bah! Si lleg'á venir un' inundación tan grande como la del ochenticuatro—que lo dudo,—con abrir una zanjita en el médano, y'estamos del otro lau. La mism'agua s'encarga d'ir agrandando el aujero,

y todo se queda en seguidita tan seco como la palma 'e la mano. ¡No hay que asustarse de fantasmas!

FERNÁNDEZ.—Sin embargo...

D. PEDRO.—¡No hay más que hablar!

FERNÁNDEZ.—(*Reparando en Martín, cabizbajo.*) Qué callado está nuestro don Martín.

MARTÍN.—Estaba... pensaba... Creí que había olvidado en la estancia...

FERNÁNDEZ.—¿Alguna orden?

MARTÍN.—No, no; todo quedó arreglado; pero...

FERNÁNDEZ.—Por nosotros no se entretenga, si tiene algo que hacer.

MARTÍN.—No, no, todo va bien.

LEONOR.—(*Aparte á Martín.*) ¿Qué tienes?

MARTÍN.—Nada.

LEONOR.—Algo te pasa, lo adivino.

MARTÍN.—Nada, Leonor.

LEONOR.—¿De veras?

MARTÍN.—¡Es decir... no, nada!

LEONOR.—¡Pobre Martín!

MARTÍN.—Pero tú, tú misma, ¿qué tienes? ¡tan pálida!

LEONOR.—¡Yo!... (*Dirigiéndose á las señoras con esfuerzo.*) ¿Puedo ofrecerles una taza de te?

JOSEFA.—Con muchísimo gusto.

LEONOR.—(*Haciendo sacar la mesita que habían llevado preparada á la casa.*) Ustedes disculparán tanta pobreza...

LUCÍA.—¡Y flores! ¡Qué hermosura!...

GARCÍA.—Y cultivadas por la señorita Leonor en persona.

LUCÍA.—¡Ah! ¿tiene usted jardín?...

GARCÍA.—Y con surtidor natural, y sauces corpulentos, y...

LEONOR.—¡No se burle!

LUCÍA.—Mucho me gustaría verlo.

LEONOR.—Iremos en seguida... pero... no vale la pena...

MARTÍN.—(*Que ha tomado el ramillete, secado el cabo y envuéltole en un papel blanco.*) Con permiso de Leonor, déjeme que le ofrezca estas flores, ya que le han gustado.

LUCÍA.—Muchísimas gracias.

D. PEDRO.—¿Y mi señora piensa quedarse por aquí mucho tiempo, favoreciéndonos?

JOSEFA.—Unos cuantos días más. Yo, por mí, ya me hubiera ido. ¡Pero Lucía se entretiene tanto, ahora! No sé qué le ha dado. Antes no le gustaba nada el campo, y apenas llegábamos á la estancia ya estaba repitiendo que se aburría, que quería volver á la ciudad, que se iba á morir de tristeza. Por eso no habíamos venido antes á visitarlos: ¡ya se ve! ¡ida por venida! ¡apenas acabábamos de deshacer las maletas, cuando ya teníamos que volver á arreglarlas!...

D. PEDRO.—Me doy cuenta.

JOSEFA.—Pero este año no sé qué mosca la ha picado. Dice que adora el campo, todo lo encuentra lindísimo, no quiere salir de aquí...

FERNÁNDEZ.—Y es muy natural, doña Josefa. Todo ha mejorado tanto, gracias á Martín...

MARTÍN.—¡Oh, señor!...

FERNÁNDEZ.—Y al ingeniero.

JOSEFA.—(*Volubilidad é indiscreción.*)

Sí, y además, como García es tan amable, tan atento, tan conversador...

FERNÁNDEZ.—(*Interrumpiéndola.*) Josefita... ¿qué te ha parecido el te?

JOSEFA.—¿El te? está riquísimo.

LUCÍA.—¡Y qué casualidad! Las galletitas son las que prefiero.

LEONOR.—Martín las trajo expresamente.

LUCÍA.—¡Ah! (*Deja la galletita, sin ostentación, y sigue conversando con García.*)

FERNÁNDEZ.—¿Y usted no toma te, don Pedro?

D. PEDRO. — Tomo algunas veces... cuando no ando bien del estómago.

LUCÍA.—(*Señalando á Juan, que soba una bota de potro.*) Y ese... ¿quién es?

GARCÍA.—Juan, el hermano de la niña.

LUCÍA.—¿Qué tiene en la mano?

GARCÍA.—Está sobando una bota *de potro* (1).

LUCÍA.—¡Pero si es un gaucho! ¡Qué diferencia! ¡Y que lástima para ella!
(*Lucía deja las flores, indiferente, sobre la mesa.*)

GARCÍA.—De todos modos, como no ha de salir de aquí...

LEONOR.—¿Quiere usted ahora ver mis pobres plantas?

LUCÍA.—¡Sin duda, sin duda! (*Se levanta. Martín se acerca, pero ya García la ha ofrecido el brazo.*)

LEONOR.—Vamos, Martín.

MARTÍN.—No. Yo me quedo.

LEONOR.—(*Reparando en las flores.*)
¡Tus flores!

MARTÍN.—(*Irritado.*) Déjame. (*Reaccionando.*) Perdona, Leonor.

LEONOR.—(*Le estrecha furtivamente la mano.*) No, por aquí. (*Vanse Leonor, Lucía y García.*)

(1) Bota que hacen con el cuero fresco del animal, aprovechando la rodilla para talón.

ESCENA VII

DON PEDRO, DOÑA JOSEFA,
FERNÁNDEZ, MARTÍN y
JUAN.

FERNÁNDEZ.—¡Qué linda tarde! ¡Qué
nubes magníficas!

D. PEDRO.—¡Hum! ¡El tiempo ame-
naza!

JUAN.—Y fiero, tata. ¡Por áhi abajo es-
tán viniendo unos nubarrones de tem-
poral, y á todo trote!...

JOSEFA.—¿Sí? ¡Pues vamos, que ya pa-
ra primer visita hemos incomodado
bastante!...

D. PEDRO.—¡Incomodar! *¡Qué espe-
ranza! (1).*

FERNÁNDEZ.—Mira cómo dora el sol
eso flecos violeta...

JOSEFA.—(*Sin mirar.*) Sí, muy bonito.

JUAN.—¡Agua en grande!

JOSEFA.—Vaya, vámonos.

(1) De ninguna manera.

FERNÁNDEZ.—Espera á que vengan las niñas.

JUAN.—¿Quiere que las llame?

FERNÁNDEZ.—Gracias. No hay necesidad.

D. PEDRO.—Ya comienza á chispiar.

FERNÁNDEZ.—¡Bah! Cerramos el brek y que caigan chuzas.

JOSEFA.—¡No importa, vamos!

FERNÁNDEZ.—¡Qué impaciencia!

JOSEFA.—¡Lucía!... Adiós, señor don Pedro. He tenido el mayor gusto... Ya sabe donde es su casa. No deje de visitarnos con su niña.

D. PEDRO.—Será como usted manda, mi señora. ¡Y aquí tiene un criau!

JOSEFA.—¡Pero estas niñas!

D. PEDRO.—¡Leonor!

LEONOR.—(*Dentro.*) Voy, tatita.

FERNÁNDEZ.—Adiós, pues, don Pedro, ya que no hay modo de detener á esta señora... Y lo peor es que parece tener razón: la lluvia aprieta.

D. PEDRO.—Regular. Y es de las que duran.

FERNÁNDEZ.—¡Oh! ¡lo que es por mí, aunque venga el diluvio! Con los desagües... Pero su campo.

D. PEDRO.—Una zanjita en el médano, una zanjita en el médano, don... Por mucho que llueva serán... dos baldes-citos más.

ESCENA VIII

Dichos, LEONOR, LUCÍA, GARCÍA.

LUCÍA.—(*Sale corriendo y riendo del brazo de García. Leonor los sigue taciturna.*) ¡Ay, ay! ¡Qué intempestivo el chaparrón!

GARCÍA.—Aquí, aquí, señorita, bajo el alero.

JOSEFA.—¡Vamos, despídete pronto, niña!

LUCÍA.—No hay que apresurarse tanto, má: de todos modos, ya está lloviendo.

JOSEFA.—¡Ah! ¡Las muchachas de hoy!...

LUCÍA.—¡Sí, sí, ya sabemos, má! Señor don Pedro...

D. PEDRO.—Adiós, niña; aquí tiene su humilde choza.

LUCÍA.—Hasta luego, don Martín. (*Al ver que García se inclina para despedirse.*) ¡No, usted no! Usted se viene con nosotros en el brek. ¡Es nuestro huésped!...

FERNÁNDEZ.—Sí, vénganse y jugaremos una partidita.

GARCÍA.—Vine á caballo y...

LUCÍA.—(*Aturdidamente.*) Don Martín tendrá la bondad de llevárselo... (*Enmendando el yerro*) ó de mandarlo buscar.

MARTÍN.—Como usted ordene, señorita.

LUCÍA.—¡Oh, don Martín! ¡Qué palabra tan fea! Yo no ordeno... pido.

MARTÍN.—Lo haré, señorita, como si usted me lo mandara.

LEONOR.—(*Reprimiéndolo.*) ¡Martín!

GARCÍA.—No, mi querido amigo; no puedo permitir...

MARTÍN.—¡Vaya! ¡Si tendré el mayor gusto!...

GARCÍA.—Entonces, gracias, y... ¡á la recíproca!

MARTÍN.—No vale la pena.

LUCÍA.—¡Abordo! ¡Abordo!

FERNÁNDEZ.—¡Al coche, al coche, doña Josefa, usted, la más apurada!...

JOSEFA.—¡Jesús qué hombre éste!... ¡Ya voy, corriendo!

LUCÍA.—Y usted, Leonor, no deje de ir... Mire que he simpatizado mucho... ¡soy su amiga, de veras!

LEONOR.—Gracias: ¡yo también de usted!

LUCÍA.—¡Adiós y hasta pronto!

D. PEDRO.—Adiosito.

LEONOR.—(*Reparando en las flores.*)
Las fl...

MARTÍN.—(*Deteniéndola.*) ¡Por favor!

JUAN.—Mire, tata, qu'el arroyo viene creciendo mucho, y el paso puede ponerse malo un red repente.

D. PEDRO.—(*Gritando hacia donde se supone el brek.*) ¡Ché, Anastasio!

¡Agarrá pá'l (1) puente, qu'el arroyo trái much'agua!

FERNÁNDEZ.—(*Dentro.*) ¡Muchas gracias, don Pedro! y hasta otro día. (*Estalla la tempestad.*)

LEONOR.—(*En primer término.*) ¡Martín!

MARTÍN.—¡Leonor!...

LEONOR.—(*Con infinita tristeza.*) ¡Como somos unos pobres paisanitos!...

(1) Dirígete hacia el.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Salón-galería en la estancia de Fernández. Arquitectura elegante, moderna y sobria. Todo el foro es una gran vidriera. Puertas en las paredes laterales. Mueblaje rico, sencillo y de buen gusto: sillones, mecedoras, veladores, mesas de juego, etc. Desde el primer momento debe advertirse que la casa es rica y comfortable.

Por la gran vidriera se ve caer la lluvia del cielo plomo obscuro en toda su extensión, y el campo convertido en mar, de cuya superficie tranquila surge á lo lejos, sobre una lomada, la vieja casa de don Pedro, con su ombú. En lontananza, borrosas, azules y como suspendidas entre tierra y cielo se ven las nubes de otras arboledas.

Al levantarse el telón doña Josefa y Lucía están sentadas á la vidriera, contemplando la inundación.

ESCENA PRIMERA

DOÑA JOSEFA, LUCÍA.

LUCÍA.—Vaya una manera de veranear, ¿verdad?

JOSEFA.—¡Ni que nos hubieran metido á la cárcel, hija!... Gracias á que estuvimos en Mar del Plata, para no

venir sino á la entrada del otoño...
¡Es cosa de morirse!

LUCÍA.—Por suerte, García ha tenido que quedarse también...

JOSEFA.—¡Hum! No sé por qué, tu García me está dando mala espina...

LUCÍA.—¿Mala espina?... ¿Por qué, má?

JOSEFA.—Yo sé adónde pueden ir á parar estas cosas... Parece que el ingeniero te festeja.

LUCÍA.—Y aunque así fuera, ¿qué habría de malo? ¿qué tendrías que decir, má?... Ya no soy una criatura, y él (*Risueña*) es un hombre de provecho, como dicen ustedes...

JOSEFA.—Un pobretón.

LUCÍA.—Cuando se casó contigo, pá no tenía mucho más que él... y no era ingeniero...

JOSEFA.—¡Los tiempos han cambiado mucho, hijita! Una, con un par de vestiditos, se pasaba todo el año, y el de seda duraba una eternidad... Mientras que ahora...

LUCÍA.—Para eso se trabaja más... y se gana más, también.

JOSEFA.—¡Sí, mucho!... Hoy en día, hijita, para ganar dinero—no te hagas ilusiones—se necesita, ante todo, capital... Sin capital se es siempre esclavo, ó poco menos.

LUCÍA.—García es independiente, tiene muchísimo trabajo... y algún capital según creo...

JOSEFA.—¡Cuatro reales! Eso no es nada. Eso se lo tragan los ricos al menor descuido, ó se evapora en cualquier dificultad.

LUCÍA.—Además... Pá tiene tanto, gracias á ese buen Martín, que si no fuera por... ¡En fin! El podría hacerse una fortuna, por poco que se le ayudara. Y pá podría perfectamente facilitarle.

ESCENA II

Dichos, FERNÁNDEZ.

FERNÁNDEZ.—¿Papá podría facilitarle?
¿qué es eso, niña? ¿de qué se trata?

JOSEFA.—Figúrate que esta tonta...

LUCÍA.—¡Má, por Dios! ¡No te precipites tanto!

FERNÁNDEZ.—Algún secretito...

LUCÍA.—(*Con gracioso mohín.*) ¡No se trata más que de pensamientos en el aire, sin base, pá!... ¡No le hagas caso!

JOSEFA.—Conque... ¿que no me haga caso?... ¡Ah! Las niñas de hoy...

FERNÁNDEZ.—Y tú, tontuela, ¿crees que estoy muy lejos de comprender? ¿crees que soy completamente ciego y sordo?... Mientras jugamos al ajedrez con Martín... ¿Supones que no sigo palabra por palabra ciertos coloquios?... ¿que los paso por alto por-

que pasan en voz baja... so pretexto de no distraernos de la partida?...

LUCÍA.—¡Ah! ¡pá! ¡Dejemos eso, por favor! Cuando digo que no hay por qué... todavía...

FERNÁNDEZ.—¡Ese todavía vale un Perú!... Conque sigue lloviendo, ¿eh?

JOSEFA.—A más y mejor.

LUCÍA.—(*Un relámpago.*) Y relampagueando.

JOSEFA.—(*Gran trueno.*) ¡Y tronando! ¡Santa Bárbara! ¡Qué barbaridad!

FERNÁNDEZ.—Todo está lleno de agua.

LUCÍA.—(*Con cierto orgullo.*) ¡Menos la estancia!

FERNÁNDEZ.—Sí, aquí quedan muchos albardones completamente en seco; me parece que voy á salvar toda la hacienda.

LUCÍA.—(*Irónica.*) ¡Ah! ¿Las vas á salvar tú, pá? ¿tú mismo?

FERNÁNDEZ.—¡Ja, ja! No, hijita, no, no tengas miedo. No le quito su mérito á García... Y el pobre don Pedro... ¡Ese sí que va á sufrir!...

JOSEFA.—De su campo, lo único que se ve en seco es la casa... y el ombú.

LUCÍA.—¡Qué desastre!

FERNÁNDEZ.—Bien merecido... aunque sea de lamentar.

JOSEFA.—¡Pero si esto es el diluvio universal!

FERNÁNDEZ.—Afortunadamente, el arca es cómoda, y Noé tiene para sí y los suyos buena despensa y mejor bodega...

JOSEFA.—¡Oh! Tú no piensas sino en la mesa.

FERNÁNDEZ.—Si no fuera porque entretiene comer, ya nos hubiéramos muerto de fastidio... Y, á propósito... Si García no quiere jugar un rato, tendré que quedarme sin partida.

JOSEFA.—¿Y Martín?

FERNÁNDEZ.—¡Ha salido!

LUCÍA.—¡Con este tiempo!

FERNÁNDEZ.—Para el trabajo de campo no hay tiempo malo ni bueno, y precisamente los malos son los que más obligan. Pero ahora no es el ca-

so. Martín me pidió permiso para traer su familia y hospedarla aquí, porque cree que la estanzuela está muy amenazada, y que, á poco que suba el agua, se derrumbará.

JOSEFA.—¡Virgen santa!...

FERNÁNDEZ.—En el mejor de los casos van á faltarles los medios de comunicación, y en consecuencia los recursos. «Que vengan, que vengan—le dije,—no tenía usted que pedirme permiso, y si yo no hubiese estado aquí...»—«Eso es otra cosa»—me contestó con una expresión muy rara...

JOSEFA.—¿Rara?...

FERNÁNDEZ.—Sí. A ese muchacho le está pasando algo. Desde hace unos días, cada vez que juega conmigo sufre unas distracciones que antes no le había notado nunca... Y anda como «embobao». Cuando uno le dirige la palabra, de pronto parece despertarse...

JOSEFA.—Yo también lo había observado.

FERNÁNDEZ.—¡Oh! A ti no se te escapa nada, Josefita!... Pero para que ande así, fuerza es que le haya ocurrido algo grave...

JOSEFA.—¿Como por ejemplo?

FERNÁNDEZ.—No sé. Quizás algún disparate... alguna locura... Ya se ve: la juventud, de repente... Y como los pagos de esta cosecha andan bastante atrasados... quién sabe si no...

LUCÍA.—(*Protēstando.*) ¡Ah, pá!

FERNÁNDEZ.—¿Y qué otra cosa podría ser? Anda tan cabizbajo, como huyendo de la gente...

LUCÍA.—¡Oh, no, no, pá!... Tiene que ser alguna otra cosa, alguna otra... ¡No sospeches así, te lo ruego! Es indigno...

FERNÁNDEZ.—¡Bah! ¡tienes razón! no hay el menor motivo fundado... Además tiene mil ocasiones de aprovecharse y «aprovecharme» y no lo hace, estoy seguro... Cuento con un ma-

yordomo montado á la antigua, ¡ja, ja, ja!

LUCÍA.—Es meritorio, trabaja, se instruye... Debe leer mucho.

JOSEFA.—¿Y á qué horas, si anda en el campo y en la cabaña día y noche?

LUCÍA.—Y lo más extraño es que ha hecho de la prima una verdadera señorita de ciudad... ó de pueblo grande.

FERNÁNDEZ.—Sí, se expresa bastante bien.

LUCÍA.—Di que hasta con elegancia, pá. Pero ¡qué mal se viste! En fin: parece una normalista, pobre pero inteligente.

FERNÁNDEZ.—¿También tú tienes preocupaciones contra las normalistas?...

LUCÍA.—¡Dios me libre! ¡Hablo desde el punto de vista pecuniario, únicamente!...

FERNÁNDEZ.—Aquí viene nuestro amigo García.

ESCENA III.

Dichos y GARCÍA.

GARCÍA.—¡Lindo tiempo!

JOSEFA.—¡Precioso!

FERNÁNDEZ.—¡Hola, amigo! De la siesta, ¿no?

GARCÍA.—No, señor: unas cartas... Disculpen ustedes la confianza del traje.

JOSEFA.—No faltaría más... ¡En la cárcel sobran los cumplimientos!

LUCÍA.—¡Otro aguacero! ¡Y parece que acabará de empezar! ¡Qué lluvia!
(*Relampaguea y truena.*)

GARCÍA.—Y esa toma á Martín en pleno campo.

FERNÁNDEZ.—Sí, salió hace poco, y no debe haber llegado todavía.

GARCÍA.—¿Habló con usted antes de salir?

FERNÁNDEZ.—¡Pobre muchacho! ¡Cómo lo aflige la desgracia de su tío!...

Y con razón, porque es toda una catástrofe.

LUCÍA.—¿Tanto?

GARCÍA.—¡Oh, sí, señorita! Todos los animales han perecido, y don Pedro no tendrá como repoblar la estancia. ¡Le aguarda una triste ancianidad!

JOSEFA.—¡Desgraciado!

GARCÍA.—Yo hablé con Juan esta mañana. Vino en un botecito—una batea más bien,—empujándolo á botador... Me dijo que acababa de recorrer el campo.

FERNÁNDEZ.—¿Y?...

GARCÍA.—Es un inmenso lago, en que ya comienza á multiplicarse y pulular el camalote. Y ese lago llega hasta el mismo médano, donde sólo se ha podido refugiar una puntita de animales... Pero esos mismos morirán de hambre, porque el pasto ya está todo pisoteado, y no tienen más que barro... barro y agua...

JOSEFA.—¡Qué horror!

GARCÍA.—Todas las ovejitas de don Pe-

dro han sido arrastradas por el desborde, tan rápido que no dió tiempo á llevarlas á ninguna lomada...

FERNÁNDEZ.—¿Y á qué lomada las hubieran llevado? pregunto yo. Sólo que las trajeran á mi campo...

GARCÍA.—Sí, la Pampa es una desolación... Es una «pampa de agua»... En cuanto á las vacas, don Pedro tenía muy pocas, y las que no han muerto se le han dispersado... seguramente para ir á dar con la muerte en otra parte.

LUCÍA.—¿Qué será del pobre viejo, entonces?

GARCÍA.—¡Es terrible, pero tendrá que vender su campito, ir comiéndoselo poco á poco, y dejar á su hijos en la calle! ¡Lástima!...

FERNÁNDEZ.—¡El, sólo él tiene la culpa! ¡Todos los retrógrados mueren de lo mismo!...

LUCÍA.—¡Oh, papá!

FERNÁNDEZ.—En cuanto á sus hijos, ó mejor dicho á su hija—lo único de

veras interesante,—Martín podrá ayudarla. Aquí gana suficiente, y desde el año pasado lo he hecho socio.

LUCÍA.—(*Irónica.*) Interesado dirás, pá: un diez por ciento de las ganancias...

FERNÁNDEZ.—¡Y es demasiado! Ahora nadie da participación á nadie. Sin embargo... yo prefiero dar una parte de lo que inevitablemente me sacarían...

GARCÍA.—Tratándose de hombres así, creo que no habría temor en ningún caso...

FERNÁNDEZ.—Yo también lo creo... Es un decir.

JOSEFA.—Es que tú, siempre con tus sospechas.

FERNÁNDEZ.—¡Qué quieres, Josefita! ¡Soy hombre de mi tiempo—de éste se entiende, no de aquél, y sospecho hasta de mí mismo!

JOSEFA.—Te haces peor de lo que eres en realidad.

FERNÁNDEZ.—¡Es probable... para pa-

recer todavía más moderno!... (*A García, que ya está conversando en voz baja con Lucía.*) Y, señor García, ¿no se anima usted á hacer una partidita, hoy que estoy viudo de Martín?

GARCÍA.—(*Dè mala gana.*) Señor...

FERNÁNDEZ.—No se me escabulla... (*Con intención.*) Ya sabe que sé agradecer los sacrificios.

GARCÍA.—¡Oh! no es cosa de agradecer, y si estas señoras permiten...

JOSEFA.—Yo, por mi parte...

LUCÍA.—¡Qué cargoso eres con tu ajedrez, pá! ¿por qué no compras el autómata?... Así podrías entretenerte todo el día... Además, García no sabe jugar...

FERNÁNDEZ.—¡Oh! ¡ya lo creo que sabe! (*Se sientan á jugar.*)

GARCÍA.—Mover las piezas apenas... ¿Y usted, señorita?

LUCÍA.—¿Me cree usted tan ingenua que haya consentido en aprender, ni aun á mover las piezas?... ¡Entonces

sí que pá no necesitaría comprar autó-mata!... ¿No es cierto, pá, que me sacrificarías sin la menor compasión?

JOSEFA.—¡Qué niña ésta!

FERNÁNDEZ.—Vamos á ver quién sale.

GARCÍA.—Las blancas: usted.

FERNÁNDEZ.—(*Jugando.*) Sí, señor; sí, señor; sí, señor...

JOSEFA.—(*De la vidriera.*) ¡Qué cosa más rara! ¿Qué es aquello, Lucía?

LUCÍA.—¿Qué, má?

JOSEFA.—Aquello negro...

LUCÍA.—Parece un bote...

JOSEFA.—¿Será el que trae á la familia de don Pedro?

LUCÍA.—No se ve bien.

GARCÍA.—Pues, si Martín ha conseguido traerse á don Pedro, ha ganado una gran batalla.

LUCÍA.—¿Por qué?

GARCÍA.—El viejo no quería moverse por nada de este mundo, ni aunque el rancho se viniera abajo, según me dijo Juan.

FERNÁNDEZ.—¡Vaya! ¡Atienda al juego ó le como la reina de un bocado!

LUCÍA.—Sí, parece que son todos... ¡Y cómo sigue lloviendo! Van á llegar empapados.

JOSEFA.—¡Y nosotros aquí, tan tranquilos, tan felices, como en una fiesta! ¡Lo que es el mundo!...

FERNÁNDEZ.— ¡Profunda y moderna filosofía, Josefita!...

LUCÍA.—¡Pobre gente!... Y estaban más cerca de lo que parecía. Ya se ve: con esta lluvia que parece un tejido más espeso que un tul.

GARCÍA.—¿Viene don Pedro?

LUCÍA.—Sí.

FERNÁNDEZ.—Siempre ha jugado usted mejor que esta tarde... Preste un poquito de atención, si no, no vale, como dicen los muchachos.

GARCÍA.—Le habrá parecido que juego mejor, señor Fernández. ¡Usted juega tanto!...

LUCÍA.—Ya están desembarcando.

JOSEFA.—¡Ay! ¡cómo vienen!

LUCÍA.—¡Hechos una calamidad, pobres!

JOSEFA.—Ya entraron.

GARCÍA.—¿Ah, sí? (*Interrumpen el juego.*)

ESCENA IV

Dichos, MARTÍN, DON PEDRO, LEONOR, JUAN. Leonor envuelta en un poncho que se quita al entrar, dejándolo sobre una silla.

JOSEFA.—¡Dios mío!

LUCÍA.—¡Cómo se ha puesto usted, Leonor!

LEONOR.—¡No es nada! (*Leonor ve á García, y su abatimiento se hace más profundo.*)

LUCÍA.—¡Venga, venga usted á mudarse de ropa!...

LEONOR.—¡Oh! ¡no es necesario!...

LUCÍA.—Sí, sí, le va á hacer mal esa humedad; venga conmigo.

JOSEFA.—¡Vamos, Leonor! No se haga de rogar. No puede quedarse así.

LEONOR.—Ya que me lo exigen...

LUCÍA.—¡Sí, no tardemos más! hace frío...

MARTÍN.—(*A don Pedro y Juan.*) Y ustedes también. Vamos á mi cuarto. Mi ropa les servirá perfectamente.

D. PEDRO.—¡Qué cambiarse ni qué cambiarse! ¡Como si este fuera el primer aguacero!

FERNÁNDEZ.—Vaya usted, don Pedro. . . A su edad, ya los huesos se han puesto duros, y no están para muchas gracias.

JUAN.—A la vejez virgüela, tata. ¡Miren que mudarse por un poquito di agua!...

FERNÁNDEZ.—Vaya, don Pedro, que le puede dar una pulmonía.

D. PEDRO.—¡Y qué m'importa morir-me, después de tanta disgracia!

MARTÍN.—Sí, vamos, vamos, tío. Vamos, Juan. (*Vanse por un lado Leonor con Lucía y doña Josefa; por el otro Martín con don Pedro y Juan.*)

ESCENA V

FERNÁNDEZ, GARCÍA.

FERNÁNDEZ.—Y nosotros sigamos la partida... Yo estaba dando jaque al rey.

GARCÍA.—El alfil... aquí.

FERNÁNDEZ.—¡Cuidado!

GARCÍA.—No, señor; ya estaba puesto: me avisó tarde.

FERNÁNDEZ.—¡Pero no ve que aquí está el mate!... Usted se me ha entregado.

GARCÍA.—¡Oh! es usted un maestro. Y además, aprovecho la ocasión... De-seaba decirle algo... sin tardanza... hoy mismo... para marcharme mañana, si es el caso... Es una cuestión de conciencia que no puedo seguir reservando.

FERNÁNDEZ.—(*Irónico.*) Me intriga usted de una manera...

GARCÍA.—El asunto puede ser ó muy

sencillo ó muy grave... según tenga usted la bondad de considerarlo.

FERNÁNDEZ.—(*Id.*) Me tiene usted en ascuas...

GARCÍA.—Se trata de la señorita Lucía...

FERNÁNDEZ.—(*Id.*) ¡Ah!

GARCÍA.—Como me encuentro en su casa de usted, señor Fernández, viviendo bajo su techo—aunque ello sea, naturalmente, con su entero beneplácito,—no puedo callar, como sin duda no lo haría tampoco ni aun en circunstancias mucho menos especiales...

FERNÁNDEZ.—(*Id.*) Vamos, vamos, ¿qué es ello? Me devora la impaciencia y la curiosidad...

GARCÍA.—Pues... yo... siento profundo afecto hacia la señorita Lucía, y ese afecto no es simplemente amistad...

FERNÁNDEZ.—(*Id.*) ¡Hombre, hombre! ¿qué me cuenta usted! ¿de veras?...

GARCÍA.—Bien sabía yo que usted no lo había advertido aún... Por eso me

apresuro á confiárselo, casi antes de habérmelo confiado á mí mismo, ya que no es posible que un caballero abuse de la confianza de otro...

FERNÁNDEZ.—(*Secamente.*) Me parece correcto su proceder, y nada tengo que decir á ese respecto... (*Muy grave.*) Pero ahora desearía saber qué piensa Lucía á todo esto.

GARCÍA.—No lo sé... puedo asegurarle que no lo sé á ciencia cierta, señor Fernández... Pero mi perspicacia ó mi presunción, si usted prefiere, me hacen suponer que mi pedido...

FERNÁNDEZ.—No sería rechazado, ¿no?

GARCÍA.—Efectivamente...

FERNÁNDEZ.—(*Con falso estallido.*) De modo que usted viene á cumplir con su conciencia cuando ya es, por lo menos difícil, poner remedio á lo que usted mismo llama un «abuso de confianza».

GARCÍA.—Señor Fernández...

FERNÁNDEZ.—¿Por qué no lo dicen ustedes antes de empezar á enamorar-

las?... Eso, sí, sería lo correcto. No ahora...

GARCÍA.—(*Atribulado.*) ¡Señor!

FERNÁNDEZ.—(*Paternal.*) Vaya, no se atribule. Estoy tan al corriente como usted de lo que pasa, y si no he tratado de impedirlo...

GARCÍA.—¿Quién puede haberlo dicho?...

FERNÁNDEZ. — Pero, señor ingeniero, ¿cree usted que porque el amor es ciego debe ser completamente tonta la paternidad? ¡En fin!... Y sin rodeos: usted no deja de convenirme, pero aquí no se trata de mí, ¿no es cierto? Pues si le conviene á ella también... Precisamente aquí está... Pongamos las cosas en claro.

GARCÍA.—¡Aquí, en su presencia!

FERNÁNDEZ.—Ya sabe, amigo García, que yo soy un hombre práctico que no cree en novelas. ¿Hay cosa más natural que el matrimonio? Prepararlo con tapujos es como considerarlo cosa mala...

ESCENA VI

Dichos, LUCÍA.

GARCÍA.—¡Pero, señor!

FERNÁNDEZ.—Sobrado tiempo tendrán ustedes después para secreteos. ¡Lucía!...

LUCÍA.—¡Pá!

FERNÁNDEZ.—Ven, acércate un momento.

LUCÍA.—Aquí me tienes...

FERNÁNDEZ.—¿Ves este caballero?

LUCÍA.—¡Sí, pá! lo veo perfectamente: es el señor Ernesto García, ingeniero, el mismo que te ha hecho los desagües... si no me equivoco.

FERNÁNDEZ.—¡Perfectamente!... Pues bien, este mismo caballero que aquí ves, se ha atrevido nada menos que... á pedirme tu mano.

LUCÍA.—(*Confusa con su broma anterior, y muy cortada.*) ¡Ah!

FERNÁNDEZ.—Y yo le he contestado... que tú resolverías.

GARCÍA.—Señorita... mi confusión, mi atrevimiento...

FERNÁNDEZ.—Vamos, ¿qué dices?

LUCÍA.—(*Muy ruborizada, vacila un instante; luego, de un ímpetu, se arroja en los brazos de su padre, diciéndole sobre el pecho.*) ¿Yo? ¡que sí, que sí, querido pá!

FERNÁNDEZ.—(*Muy conmovido á pesar suyo.*) Ya ve usted... La cosa no podía ser más sencilla.

GARCÍA.—¡Oh, señorita! ¡Oh, señor Fernández!

FERNÁNDEZ. — (*Dándole la mano.*) Apriete, amigo, apriete, pero sépase usted que no le doy mi hija sin que se comprometa á cumplir una condición... (*Entran doña Josefa y Leonor. Esta elegantísima con un traje de Lucía.*)

GARCÍA.—¡Cuantas usted quiera!

FERNÁNDEZ.—Claro, ahora, aunque sean montones, aunque se tratara de esclavitud perpetua... y después...

GARCÍA.—¡Oh! yo, señor Fernández.
(Escena muda de Leonor muy intensa y discreta.)

FERNÁNDEZ.—No lo tome usted á grosería... quiero establecer bien esto de antemano: el día de la boda, á la europea, recibirá usted de mi mano, sin decir que no, la fortunita de mi hija, para hacerla valer usted mismo... Quiero que ella y usted sean independientes y fuertes, ya que eso todavía hoy es una fuerza...

GARCÍA.—Pero si yo no necesito de nada... Si mi trabajo...

FERNÁNDEZ.—¡Ta, ta, ta! Y usted cree que el trabajo solo... ¡Vamos! Punto en boca. ¡Ya me lo había prometido!... *(Leonor en el fondo casi no puede tenerse en pie. Nadie repara en ella.)*

ESCENA VII

Dichos, DOÑA JOSEFA, LEONOR: luego MARTÍN.

LUCÍA.—¡Má! ¡Má!

JOSEFA.—¿Qué tienes, hija?

LUCÍA.—(*Abrazándose á ella.*) ¡Oh! ¡no me atrevo á decírtelo, má! Pero estoy tan contenta, tan contenta...

FERNÁNDEZ.—Pues no es nada, Josefita... ¡Que á estos muchachos se les antoja casarse y... ya ves... hay que casarlos!

LUCÍA.—(*Picaresca.*) ¡La espina, má!

JOSEFA.—(*Enternecida.*) ¡Pícara, no más!... Ah, señor García, ¡quién hubiera creído nunca!...

FERNÁNDEZ.—Y lo más pronto mejor. Nada de dilaciones inútiles... Y para eso, tratemos de irnos cuanto antes de aquí.

MARTÍN.—(*Al entrar ve á Leonor vaci-*

lante, y se precipita á sostenerla.) Por eso no quería traerte sino en último extremo. ¡Pero allí corrías peligro de morirte!...

LEONOR.—¿Y aquí, Martín? Pobre, pobre primo... Tú también... ¡Se casan!...

MARTÍN.—(*Ansioso.*) ¿Sí?

LEONOR.—¡Acaban de convenirlo!

MARTÍN.—¡Oh!

LEONOR.—Los pobres paisanitos no podemos ser felices...

MARTÍN.—¡Vaya! Haz un esfuerzo... Que no te vean flaquear... Mira, yo... estoy tranquilo...

LEONOR.—Tú eres hombre, Martín... y sin embargo... (*Con arrebató.*) ¡Martín! ¡yo quiero volver á mi rancho, ahora, ahora mismo!... ¡Quiero morir solita en mi pobreza, ya que en nuestra misma tierra hemos desmerecido tanto!...

MARTÍN.—¡Por Dios, sé fuerte! ¡No les des el espectáculo de nuestro desconsuelo!...

LEONOR.—Sí, tienes razón... Ahora... ya puedo... Déjame.

FERNÁNDEZ.—Martín.

MARTÍN.—¿Señor Fernández?

FERNÁNDEZ.—Desearíamos irnos mañana mismo, ¿es posible?

MARTÍN.—Sí, señor.

JOSEFA.—¿A pesar de este diluvio?

MARTÍN.—He hecho hacer una lancha grande, con tolda, y los tordillos nadadores pueden llevarlos fácilmente hasta el pueblo, donde tomarían el tren...

FERNÁNDEZ.—¡Siempre previsor!

MARTÍN.—Es un deber... y mi única satisfacción.

FERNÁNDEZ.—Pues... nos iremos mañana mismo... bien temprano.

VOCES.—(*Dentro.*) ¡El puente! ¡El puente! ¡Se lo lleva el arroyo!...
(Todos se agolpan á la vidriera. La misma Leonor se acerca á ella instintivamente. Martín sale corriendo. Por otra puerta entran don Pedro y Juan.)

ESCENA VIII

Dichos menos MARTÍN.—DON
PEDRO, JUAN.

FERNÁNDEZ.—(*Que está en último término con García; doña Josefa, Lucía y Leonor, algo lejos de ellos.*) Parece mentira, pero aun arrecia la inundación... No va á quedar títere con cabeza...

D. PEDRO.—(*Con Juan en primer término.*) ¿Oíste, Juan?

JOSEFA.—¡Y el puente! ¿Cómo se pasará ahora?

JUAN.—Sí, tata: el arroyo se ha llevau el puente'e material. ¡El puente viejo!

GARCÍA.—Ya no van á asomar ni las nutrias.

D. PEDRO.—Y... ¿qué hacemos?

LUCÍA.—¡Qué espanto!

JUAN.—¿Dir?

FERNÁNDEZ.—¡Qué bueno es estar al reparito, con este temporal!

D. PEDRO.—¡Claro!

JUAN.—¿Capaz de cairse'l rancho?

D. PEDRO.— ¡Tenemos que apuntalarlo!

JUAN.—¡Sí, eso es!

D. PEDRO.—Y arrimarles tierra á las paredes.. .

JUAN.—¡Sí, sí, tata!

D. PEDRO.—¡Que no se nos derrumbe! Allí nació, allí nacieron todos ustedes.

JUAN.—¡Tiene razón, vamos!

D. PEDRO.—¡Dejar abandonau mi pobre rancho!

JUAN.—Tuavía lo podemos salvar.

D. PEDRO.—¡Corramos!

JUAN.—¡P'a eso traje el bote chico!

D. PEDRO.—¡Qué bien hiciste!

JUAN.—Aura.

D. PEDRO.—¡Psit!

JUAN.—Están distraídos.

D. PEDRO.—Y lo salvaremos.

JUAN.—¡Aunque nos cueste, tata! (*Van-se sin ser advertidos.*)

ESCENA IX

Dichos menos DON PEDRO y
JUAN: luego MARTÍN.

FERNÁNDEZ.—El agua trae un impulso tremendo.

GARCÍA.—Ha de ser muy curioso del otro lado: el arroyo es más angosto aún.

JOSEFA.—Y parece que el agua creciera.

FERNÁNDEZ.—¡Cómo no ha de crecer, doña Josefa! ¡Si se ve á simple vista!

LUCÍA.—¿Dice usted que del otro lado será más curioso?

GARCÍA.—Lo presumo...

LUCÍA.—¿Vamos, pá? ¿Vamos, má?

FERNÁNDEZ.—Vamos. ¡Ah! Aquí está Martín. ¿Y el puente?

MARTÍN.—¡Un desastre, señor! Sólo han quedado los estribos... El arroyo se lo llevó como una paja (*Con amargura.*) ¡Cosa antigua también!

LUCÍA.—¿Y usted no viene con nosotros? (*A Leonor.*)

FERNÁNDEZ.—Sí, hay que hacer uno moderno... de fierro.

LEONOR.—(*A Lucía.*) Gracias. Yo me quedaré aquí, con Martín.

FERNÁNDEZ.—Pues... lancémonos á esa expedición... hasta la otra galería... como quien dice, hasta la otra punta de la cadena.

GARCÍA.—(*A Lucía, al salir.*) ¡Observe usted qué aire de señora ha tomado la gauchita, sólo con haberse puesto un vestido suyo!...

LUCÍA.—Es que... quizá sólo le faltara el traje.

GARCÍA.—Es indulgencia.

LUCÍA.—Pero no exageración. (*Vanse. Va cayendo la noche.*)

ESCENA X

LEONOR, MARTÍN.

MARTÍN.—Estás temblando...

LEONOR.—Sí, tengo frío... en el cuerpo
y en el alma.MARTÍN.—Deja, pobrecita, las debilida-
des, que no son para nosotros.

LEONOR.—Tú también estás triste.

MARTÍN.—¡Estar triste es permitido:
abatirse no!

LEONOR.—Sin embargo...

MARTÍN.—Nadie más que nosotros tie-
ne la culpa: debimos darnos cuenta.

LEONOR.—¡Oh!

MARTÍN.—El mundo anda muy de pri-
sa, las distancias se hacen enormes al
menor descuido, y... ¡á nosotros se
nos detenía!

LEONOR.—Los nuestros, ¿no es así?

MARTÍN.—Son el pasado. Aquéllos el
porvenir... Nosotros estamos en me-

dio... Demasiado arriba... Demasiado abajo.

LEONOR.—¡Es verdad!

MARTÍN.—Pero, ¿valemós menos, ó es sólo cuestión de punto de vista?... ¡Bah! no lo tomemos por lo trágico... El hecho es... que no reparan en nosotros, porque... ¡porque estamos atados á los gauchos!

LEONOR.—(*Con reproche.*) ¡Martín!

MARTÍN.—No me quejo, no. Al contrario. ¡Es una comprobación nada más! ¡Y sin embargo, cuando jóvenes, tu padre y el mío eran señores de esta región, dueños del «pago»!... Famosos jinetes, insignes domadores, sobrios hasta pasárselo con mate, valientes como las armas, siempre á caballo, siempre con el cuchillo en la mano para mantener su predominio, prontos á dar su sangre por el suelo en que habían nacido—encarnaban el guerrero libre, reconquistador de la tierra,—representaban el papel que la historia les imponía... ¿Puede pedir

seles más? Hoy, sin embargo, son arcaicos, no tienen papel... Y se les desdeña sin considerar el que desempeñaron con generosidad y con grandeza...

LEONOR.—Y nosotros...

MARTÍN.—Sí, somos los hijos y ni siquiera tenemos ese mérito, legendario y desconocido ya por todos, ni el de habernos ajustado al progreso hasta en su fútil exterioridad... Pero... ¡hubiéramos debido romper tantos lazos, que resultaríamos más indignos, y por peor concepto!

LEONOR.—¡Cómo me amargan tus palabras, Martín!... ¿Era fatal, entonces?...

MARTÍN.—¡Fatal! Nuestros padres perdieron su posición y su fortuna, porque no estaban hechos para los tiempos nuevos...

LEONOR.—¿Y por eso se desdeña á los suyos?

MARTÍN.—¡Por eso! Por el círculo de hierro en que estamos. Tiene razón

García... ¡Oh! Pero podremos romperlo, si no para nosotros, por lo menos para nuestros hijos... ¡Sí! Y aun actuando en este mismo teatro que nos da el mismo aspecto, el mismo carácter exterior... lo romperemos... Podremos mirar con altivez al que nos tiene hoy en menos, porque nosotros damos tanto, si no más, á nuestro país... Y nuestros hijos...

LEONOR.—Si con eso crees consolarme...

MARTÍN.—Ya vendrá el consuelo, Leonor. Refúgiate en el cariño de los tuyos.

LEONOR.—¡Qué amarguras, sin embargo!

MARTÍN.—¡Drama!

LEONOR.—Íntimo, que nadie sospecha, que nadie adivina, que nadie se detiene á examinar...

MARTÍN.—¡Cuántas veces lo habrás leído, Leonor! ¡La transición hace estallar y desaparecer sus moldes!...
(*Pausa. La noche ha sobrevenido por*

completo. Grandes relámpagos iluminan la inundación y la escena.)

LEONOR.—¡Y decir que el agua sube todavía!

MARTÍN.—Sí, salimos muy á tiempo.

LEONOR.—Mira: por los relámpagos se ve que el agua entra casi al rancho.

MARTÍN.—Las paredes no van á resistir.

LEONOR.—No. ¡Pobre tatita! ¡Más lo siento por él!

ESCENA XI

Dichos, LUCÍA, GARCÍA, FERNÁNDEZ, DOÑA JOSEFA.

GARCÍA.—Es todo un espectáculo.

LUCÍA.—¡Oh! ¡Y desde aquí!...

JOSEFA.—Pide una luz, Fernández.
(Fernández toca un timbre.)

FERNÁNDEZ.—¿Y don Pedro?

LEONOR.—*(Con sorpresa.)* ¿No estaba con ustedes?

FERNÁNDEZ.—No.

MARTÍN.—¡Pues aquí tampoco!

GARCÍA.—¡Se habrá ido!

FERNÁNDEZ.—Ido, ¿y por qué?

GARCÍA.—Como la estanzuela está en tanto peligro... (*Entra un criado con luz.*)

FERNÁNDEZ.—¿Has visto á don Pedro?

CRIADO.—Sí, señor. Hace tres cuartos de hora se fué con don Juan en el bote chico.

FERNÁNDEZ.—¿Adónde?

CRIADO.—Dijo que á la estancia.

MARTÍN.—¡Qué tremenda locura!

JOSEFA.—¡Dios mío!

GARCÍA.—Imposible que hayan podido atravesar el arroyo.

LUCÍA.—¡Con semejante torrentada!

MARTÍN.—Pero... ya estarían de vuelta.

FERNÁNDEZ.—Estarán en el rancho...

LEONOR.—A la estancia no han llegado... yo he estado mirando...

MARTÍN.—¿Y no has visto el bote?

LEONOR.—No.

MARTÍN.—¿Ni luz?

LEONOR.—Tampoco.

FERNÁNDEZ.—Entonces...

LEONOR.—¡Dios mío, Dios mío!

MARTÍN.—¡Y no han vuelto!...

GARCÍA.—¡Qué trances!

MARTÍN.—(*Aterrado.*) Voy... voy á ver...

LEONOR.—(*Arranque.*) ¡Yo te acompaño, Martín!

MARTÍN.—¡Tú! ¡imposible!

LEONOR.—¿Imposible? ¿Por qué?

JOSEFA.—¡Sería una temeridad!

LEONOR.—Se trata de mi padre, de mi hermano, de lo «único» que tenemos en el mundo, Martín, ¡y dices que es imposible!

MARTÍN.—Tienes razón. Ven conmigo.

FERNÁNDEZ.—No permitiré.

MARTÍN.—Tengo preparado el bote por lo que pueda ocurrir.

LEONOR.—¡Vamos, pronto!

LUCÍA.—Leonora, ¡qué locura! ¡Exponerse inútilmente!

LEONOR.—Inútilmente no será... ¡Dios quiera!

GARCÍA.—¡Yo se lo suplico, señorita!

LEONOR.—No, señor García. Tengo que

cuidar de tatita... por él, y también por mí...

LUCÍA.—Si no hay quien la convenza, lleve siquiera mi tapado. (*Se lo quita para ofrecerlo á Leonor que, casualmente, acaba de tomar el poncho que dejó al principio del acto.*)

LEONOR.—¡Graciás! ¡Ya tenía... (*Con resignación angustiada*) el poncho!
(*Vanse.*)

TELÓN

ACTO TERCERO

Una pequeña lomada que ha quedado, como una isla libre de la inundación. Un tosco biombo de arpillera, sujeto con ramas de árbol y postes clavados en el suelo, resguarda del fuerte viento un fogoncito en que hierve una pava; junto á ella un asador en que aun queda un resto de carne. Algo más lejos se ven cueros de nutria estaqueados. Es la «casa» de los nutrieros. Desde el límite del islote se ve el agua tranquila extendiéndose hasta el horizonte, del que se destaca la estancia de Fernández, lejos, y más lejos todavía la casita de don Pedro, convertida en una tapera. Grandes nubes corren desaladas por el cielo.

ESCENA PRIMERA

Nutrieros 1.º y 2.º

1.º—¡Qué *suestada!* (1). (*Mirando las nubes.*)

2.º—Pero v'a cambiar.

1.º—Si sigue, como no deja salir l'agua, por la marejada de Samborombon, l'inundación v'a durar.

(1) Viento fuerte y continuo de Sud-Este.

2.º—¡Ya lo creo!

1.º—¡Y aunque dure! P'a lo que le queda que destruir...

2.º—¡Pobre don Pedro, eh!

1.º—Esta madrugada, en cuanto divisé el rancho hech'una tapera, ¡me dió una pena, compadre! Porque don Pedro es un buen gaucho...

2.º—Y la estancia de Fernández como si nada.

1.º—Li han quedau tantos *albardones* (1) en seco, que no v'a perder ni un animal, ni un cordero mamón tan siquiera.

2.º—Está visto, *aparcerero* (2), que á los ricos no hay cosa que les salga mal.

1.º—Dicen que son los desagües que l'hizo l'ingeniero.

2.º—¡Qué! ¡cos'el diablo!

1.º—Mire, compadre... ¿no divisa nada por allí?

2.º—¿Ande?

1.º—¡*Aisito* (3), pues!

(1) Colinas.

(2) Compañero.

(3) Allí cerca.

2.º—Sí... Se mi hace qu'es un bote á botador.

1.º—Irá p'al pueblo. Todos tienen que pasar po'aquí.

2.º—O será Jerónimo, que viene ya de revisar las *trampas* (1), con las nutrias que han cáido anoche.

1.º—No. Este bote es muy pesau, y el que llevó Jerónimo era livianito.

2.º—Más qu'éste. (*Señalando uno á modo de batea que habrá en el islote.*)

1.º—Sí, éste es pesau también, y ayer le dentraba un poco de agua.

2.º—Vamos á revisarlo. (*Lo hacen.*)

1.º—Y decir ¡que catorce *grullos* (2) nos *agarró* (3) el chancho del carpintero, po' esta porquería!

2.º—Si aprovechan de l'ocasión. Dice que dentra mucha tabla.

1.º—Mire, cómpadre, aquí está la cosa: ¡se había desclavau!...

2.º—¿Tiene los clavos tuavía? Espere-

(1) Trampas.

(2) Duros.

(3) Cobró.

sé... Con esta *piegra* (1), ya que no hay martillo. (*Golpea componiendo el bote.*)

1.º—Ahí viene el bote... Era el mesmo Jerónimo.

2.º—(*Gritando.*) ¡Eh, Jerónimo!...
¡Que pesau tráis el bote!

JERÓNIMO.—(*Dentro.*) ¡Y con razón!...

1.º—¿Tráis mucha nutria?

JERÓNIMO.—(*Id.*) ¡Si vieran lo que traigo!

2.º—*La magr'el agua* (2), ¿no?

1.º—¡Ja, ja!

JERÓNIMO.—(*Dentro, más cerca.*) ¡Pior!

2.º—¿Y qu'es?

ESCENA II

Dichos, JERÓNIMO, entrando en bote.

JERÓNIMO.—Ya les v'i á decir. Ayudémén á sacar el bote no más. (*Sacan el bote.*)

(1) Piedra.

(2) La madre del agua.

1.º—¡Oh! ¿y este *maniator*? (1).

2.º—¿Qué tráis *cabestriando*? (2).

JERÓNIMO.—Ayuden, pues, les digo.

1.º—¡Cristo santo! ¡Un ahugau!

2.º—¡Virgen santísima!... (*Aparece el cuerpo de don Pedro, que depositan los tres tras del biombo de arpillera.*)

1.º—¡Don Pedro!

JERÓNIMO.—El mesmo... ¡Disgraciau!

2.º—¿Y cómo jué?

JERÓNIMO.—Cuando lo encontré ya estaba muerto *di* (3) horas... Por eso no hice juerza p'a meterlo en el bote.

1.º—¡Bendito sia Dios!

JERÓNIMO.—¡Y don Martín y la Lionor, que si han andau la noche en peso buscand'al viejo por tuita l'agua!

2.º—Pero, ¿cómo ha sido, sabés?

JERÓNIMO.—¡Qué sé yo!

1.º—Pero vos, ¿cómo lo encontrastes?

JERÓNIMO.—Ya saben que yo me juí

(1) Larga tira de cuero que se utiliza de cabestro.

(2) De cabestro.

(3) Desde hacía.

qu'era tuavía de noche, p'a recorrer las tramperas y tráir las nutrias...

2.º—Sí...

JERÓNIMO.—¡Güeno! Con el frío 'e la madrugada medio m'envaré, y entonces, ¿qué hago? me acerqué á la cocina de los piones de l'estancia 'e Fernández.

1.º—Seguí, seguí....

JERÓNIMO.—Ahí supe que don Martín y la Lionor, con uno de los piones, habían salido á *campiar* (1) á don Pedro y á Juan, que se habían mandau mudar sin decir nada á nadies, y que no se vian por ningún lau.

2.º—Güeno, ¿y qué más?

JERÓNIMO.—Tuavía no habían güelto, y el mesmo Fernández con l'ingeniero mandaban atar el bote grande con los tordillos nadadores, p'a dirse hoy mesmo con la familia á la ciudá. No ha'e tardar el bote...

2.º—Eso no hace al caso... Seguí con lo de don Pedro.

(1) Buscar por el campo.

JERÓNIMO.—M'hicieron el osequio di un mate cocido, y me juí á revisar las tramperas... Hallé cinco nutrias... Después, viniendo p'a estos laus, y cerca del islote, un redepente me veo algo que parecía boyando en l'agua. Me acerco, y qué veo, ¡bendito sia Dios! A mi don Pedro tieso, helau, más duro que un garrote... ¡Estaba muerto, muerto de veras!

1.º—¿Y por qué no vinistes á avisarnos p'ir (1) ayudarte?

JERÓNIMO.—Ya l'estaban picoteando los *caranchos* (2), y me dió no sé qué dejar *asina* (3) á un cristiano...

2.º—¿Y Juan?

JERÓNIMO.—No sé... Me paré en el bote y divisé p'a todos laus, pero no vi nada, ni siquiera caranchos revolotando...

1.º—Ah, entonces... sí, sí, ahugau también, de juro no ha sido áhi.

(1) Para ir.

(2) Ave carnífera.

(3) Dejar así.

2.º—¡Claro!

1.º—¿Y ti has fijau si tenía algo en los bolsicos? (1).

JERÓNIMO.—No. Pero ya sabés que nunc'andaba con plata... ¡Como tenía libreta en l'eschquina, aunque el gringo Manuel li apuntara con tenedor: tres rayas ó cuatro en vez di una!

1.º—No sé por qué se me'est'haciendo que el viejo teni'algo.

JERÓNIMO.—No sé. Regístralo, si querés. (*Lo hace el 1.º*)

1.º—Bueno... No tenía ó nos has madrugáu... ¡quién sabe!...

JERÓNIMO.—Yo no soy ladrón, y menos de dijuntos.

2.º—Y hacés bien, porque á ésos se los lleva *Mandinga* (2) la mesma noche.

1.º—¿En deveras?

2.º—Por ésta... (*Besa la señal de la cruz.*)

1.º—¿Y qué vamos 'hacer aura?

(1) Faltriqueras.

(2) El diablo.

JERÓNIMO.—Dir 'avisarle á la familia.

2.º—¡Andá, pues, vos!

JERÓNIMO.—¿Yo?... Dejame tomar mate y andá vos... Siempre me tienen como el petizo 'e los mandaus ó como el potro 'e Mansilla, que uno lo larga y otro l'ensilla...

1.º—Güeno, quedate. Yo voy con éste, entonces...

JERÓNIMO.—No. Entonces yo he d'ir con él.

1.º—¡Oiganlé al duro y se *duebla!* (1).
¿A que tiene miedo 'e quedarse solo con el finau?

JERÓNIMO.—¿Yo? ¿Y no l'he tráido, un sí acaso?

1.º—¡Miren qué gracia! ¡Debajo l'agua!

JERÓNIMO.—¡No siás sonso!... Si voy es...

2.º—No hay necesidá... y si venís es porque tenés miedo.

JERÓNIMO.—¡P'a probarte no más, me quédo! ¡Qué si han cráido!

(1) Dobla.

1.º—Güeno, ¡vamos, ché!

2.º—Pero... ¿y así no más lo vamos á dejar, tirau, panza al aire?

JERÓNIMO.—Tapemosló con esta alpillera.

1.º—¡Eso es!

2.º—¡Qué barrigón se ha puesto el pobre! ..

1.º—¡Es que nunç'habia chupau tanto de una sentada!

JERÓNIMO.—Güeno... ya está.

2.º—Ansina la familia no podrá decir que no somos buenos cristianos.

1.º—Vamos, ché, que si hace tarde, y con este ventarrón vamos á echar los *bofes* (1) p'a llegar. (*Se preparan á salir en el bote.*)

2.º—Vamos. (*Vanse.*)

JERÓNIMO.—El camino más corto es por áhi, detrás del *uncal* (2), enderezando p'al espartillar.

1.º—(*Dentro.*) Ya sé. Por áhi vamos.

(1) Pulmones.

(2) Juncal.

ESCENA III

JERÓNIMO solo.

(Jerónimo la emprende con el pedazo de carne que está en el asador, come algunos bocados, y luego, mirando recelosamente á todas partes, saca unos cuantos billetes, y se pone á contarlos con visible satisfacción. De pronto, una ráfaga de viento derriba el biombo de arpillera, que deja entrever el cuerpo de don Pedro.)

JERÓNIMO.—¡La pucha con el viento!... *(Silencio profundo que sólo turban algunos cantos de pájaros, silbidos de patos, las rachas de viento, y de vez en cuando algún chapoteo del agua. Jerónimo, á cada uno de estos rumores vuelve inquieto la cabeza. Mira á menudo, furtivamente, el cadáver. Crece su preocupación. Esta es tan grande, al fin, que se convierte en desasosiego. Por último me-*

nea violentamente la cabeza, hace la señal de la cruz, saca el dinero del bolsillo, donde había vuelto á ponerse, se acerca al cadáver, arrodillase y le devuelve lo robado. Luego se separa, sacándose el sombrero, y vuelve á persignarse; levanta el biombo, y pónese al reparo junto al fogón, vuelve á tomar mate y á comer, ya completamente tranquilo. Escena muy rápida y expresiva. Llegan Martín, Leonor y un peón, en un bote. El último se queda á bordo, desembarcando luego para formar cuadro.)

ESCENA IV

JERÓNIMO, MARTÍN, LEONOR, y un peón.

MARTÍN.—Buenos días, amigo Jerónimo.

JERÓNIMO.—Buenos, don Martín... Salú, niña.

MARTÍN.—¿No ha visto pasar por casualidad á don Pedro?

JERÓNIMO.—(*Reprimiendo una mirada*

que iba á dirigir al cadáver, vacilante.) Yo...

LEONOR.—Sí; tatita...

JERÓNIMO. — (*Resolviéndose.*) No...

¿Qué, andaba pa estos laus?

LEONOR.—No. No sabemos... desde ayer... Salió de la estancia de Fernández. Y no se le ha visto más.

MARTÍN.—Nadie nos puede dar noticias...

LEONOR.—Y estamos en una aflicción.

JERÓNIMO.—De consiguiente... Y es raro, mire...

LEONOR.—Sigamos, entonces, Martín...

(Leonor se encamina al bote.)

MARTÍN.—Sí.

JERÓNIMO.—Don Martín... Don Martín... una palabrita...

MARTÍN.—¿Qué hay?

JERÓNIMO.—(*Misteriosamente.*) ¡Psit!

Aquí está...

MARTÍN.—¿Aquí está? ¿Quién?

JERÓNIMO.—Don Pedro.

MARTÍN.—(*Gran exclamación de sorpresa.*) ¿Dónde?...

JERÓNIMO.—¡Psit!

MARTÍN.—¿Qué significa?

JERÓNIMO.—Por la niña...

MARTÍN.—¡Habla!

JERÓNIMO.—¡Si ahugau!

MARTÍN.—¡Oh!

JERÓNIMO.—¡Y ahí está, debajo es'arpi-
llera... muerto!

MARTÍN.—Y Leonor...

JERÓNIMO.—¡Lleveselá, lleveselá!...

MARTÍN.—Tienes razón y... (*Leonor se
.. acerca recelosa.*)

LEONOR.—¿Qué pasa?

MARTÍN.—(*Natural.*) Nada.

LEONOR.—¿Te daba alguna noticia?

JERÓNIMO.—Le decía...

MARTÍN.—Que deben haber pasado pa-
ra el pueblo.

LEONOR.—¡Entonces tiene que haberlos
visto!...

JERÓNIMO.—No los hemos visto, niña.

LEONOR.—Pero, para el pueblo no hay
otro camino que éste. Todo el campo
está alambrado.

JERÓNIMO.—¡Si ya no quedan alambras

ni p'a un remedio, niña Lionor! Todos los han cortau los nutrieros p'a pasar con los botes. ¡Nosotros, no! Los que *nutrean* (1) sin permiso.

LEONOR.—Entonces... es posible que hayan ido al pueblo.

MARTÍN.—Pueden haber ido á buscar materiales para afirmar el rancho...

LEONOR.—¿Y á usted también le parece?

JERÓNIMO.—*Dejuramente* (2), niña.

MARTÍN.—Vamos, vamos, Leonor. Ya ves que es inútil quedarnos más tiempo aquí.

LEONOR.—¿Y á dónde vamos ahora?

MARTÍN.—A la estancia.

LEONOR.—¡A la estancia! ¿Y no buscamos más?

MARTÍN.—¿No oyes lo que dice este hombre? A mí me parece muy sensato...

LEONOR.—Podríamos ver... seguir...

(1) Cazan nutrias.

(2) Seguramente.

MARTÍN.—No, es urgente que te mudes, que descanses, Leonor.

LEONOR.—¡Oh! ¡Martín! ¡tratas de engañarme! ¡Este hombre sabe algo!

JERÓNIMO.—¡No, niña!

MARTÍN.—No. Vamos, vamos.

LEONOR.—¡Qué prisa y qué ansiedad!...
¿Renuncias á encontrarlos?

MARTÍN.—¡Al contrario! Si no han ido al pueblo... puede ser que hayan vuelto á la estancia. Vamos.

LEONOR.—¡Me haces sospechar tanto!... Pero, no olvides... Soy fuerte... Todo lo temo... ¡No! ¡todo lo espero!

MARTÍN.—¡Sí, puedes jactarte de ser fuerte, pobre Leonor! ¡Quién sino tú hubiera soportado semejantes fatigas!... Pero todo tiene su fin... Necesitas descanso. Podrías enfermarte.

LEONOR.—¡Enfermarse la paisana! ¡No faltaría más!

JERÓNIMO.—Ahí viene el bote de l'estancia con los tordillos.

MARTÍN.—Es verdad. ¡Vamos, Leonor, por Dios!

LEONOR.—¿Irnos ahora? Esperemos, esperemos Tienen que pasar por aquí... Ellos nos dirán si han aparecido allá, como tú crees... Pero el corazón me dice...

MARTÍN.—¡Vaya, embárcate!

LEONOR.—Me dice que debo quedarme aquí... Sí, espera, Martín, quiero hablar con ellos... ¡Siento una angustia!...

JERÓNIMO.—(*Aparte á Martín.*) Y los otros vienen sabiendo.

MARTÍN.—Seguramente.

JERÓNIMO.—Sí; mis compañeros fueron á avisar á l'estancia.

MARTÍN.—Ya no hay medio de escapar, entonces.

JERÓNIMO.—Yo soy un gaucho bruto, pero...

MARTÍN.—¿Qué?

JERÓNIMO.—¡Me la llevaría aunque jue-
ra á la juerza!

MARTÍN.—No será necesario... Bueno
(*Tomándola tiernamente de la cintura*); ven, Leonor.

LEONOR.—¡Martín! ¡No te digo que tú me ocultas algo!... (*Desprendiéndose.*)

JERÓNIMO.—¡No dieron tiempo! (*Entran en un gran bote tirado por tordillos, con un peón de cochero; los personajes que se indican en seguida.*)

ESCENA V

Dichos, LUCÍA, DOÑA JOSEFA, GARCÍA, FERNÁNDEZ, Juan, con la cabeza vendada.

GARCÍA.—(*Precipitándose hacia Leonor.*) ¡Qué horrible desgracia, señorita! Y cuánto...

FERNÁNDEZ.—¡Qué fatalidad! (*Leonor se ha quedado petrificada.*)

JOSEFA.—¡Pobre Leonor!

LUCÍA. — (*Sorprendida.*) ¡Mire qué tranquila se queda, García! Esas gauchitas no tienen alma.

GARCÍA.—Sí, la muerte le es casi indiferente.

LEONOR.—(*Horrible grito.*) ¡Juan!..

¿Dónde está tatita?

LUCÍA.—¿Cómo? ¿No sabía?...

MARTÍN.—¡Pobrecita! ¡No sabía, no, aunque el pobre viejo esté ahí, tendido!... No tuve valor de decirle...
(Juan ha ido á arrodillarse junto al cadáver y llora en silencio. Leonor, que con los ojos extraviados ha paseado la escena, mirando sucesivamente á todos, ve por último á su hermano.)

LEONOR.—¡Ah! ¡Ya sé, ya sé! ¡Tatita, tatita, tatita! *(En escala, desde el grito agudo hasta el sollozo ahogado.)*
(Momento de silencio é inmovilidad.)

JOSEFA.—¡Vámonos! ¡Yo no puedo soportar más esta cosa espantosa!

LUCÍA.—Sí, má... *(A García.)* ¡Cómo la calumniaba! ¡Qué angustia, qué desesperación!

GARCÍA.—¡Cómo llora, la desgraciada!

LUCÍA.—Parece que se le hubiera acabado todo en el mundo.

MARTÍN.—¡Y puede que así sea, señorita!... Su casa está en ruinas, la corriente se ha llevado su fortuna... ¡y

... cuántas ilusiones arrebatadas, como preparándola para el tremendo golpe de hallar á su padre muerto!

GARCÍA.—¡Y decir que hace dos años, cuando le propuse los desagües, pudo evitarse este porvenir, y crear uno nuevo!

MARTÍN.—Murió en su ley, defendiendo lo que anhelaba conservar, oponiéndose al progreso que quería transformarlo ó suprimirlo... Defendía su felicidad... La inundación se lo llevó... Otra ha estado á punto de llevarnos á nosotros, más jóvenes, más fuertes... No hemos llegado bastante lejos...

FERNÁNDEZ.—Perdone, Martín, que nos marchemos, pero...

MARTÍN.—Sí, comprendo, comprendo, señor Fernández...

FERNÁNDEZ.—La hora del tren...

JOSEFA.—Por fin parece que nos decidimos á salir de aquí.

MARTÍN.—¡Leonor!

LUCÍA.—Déjela usted.

MARTÍN.—¡Oh! ¡es más fuerte de lo que parece! Leonor, estas señoras se van.

LEONOR.—(*Se levanta dolorosamente.*)
¡Ah!

GARCÍA.—(*Acercándose.*) Señorita, mi imprudencia le ha ocasionado un gran dolor, pero...

LEONOR.—Tarde ó temprano hubiera tenido que saberlo... y siempre hubiera sido igual...

GARCÍA.—Sin embargo, mi insensata precipitación...

LEONOR.—Otras cosas duelen aún más, y se perdonan.

GARCÍA.—Perdóneme tan horrible sorpresa.

LEONOR.—(*Llorosa.*) ¡Oh! No hay por qué. (*El resto de las despedidas, mudas. Vanse todos los que llegaron en el bote, menos Juan.*)

ESCENA VI

MARTÍN, JUAN, JERÓNIMO,
y un peón.

JERÓNIMO.—Qu'entrañas, dirse dejándolos á ustedes...

LEONOR.—¡Martín!

MARTÍN.—¡Llora, Leonor, llora!

LEONOR.—¡Mi Juan!

JUAN.—¡Pobre tata!

MARTÍN.—(*A Jerónimo.*) Ahora hay que pensar en llevarlo.

JERÓNIMO.—¿*P'ande?* (1).

MARTÍN.—A la estancia. (*Leonor vuelve á arrodillarse ante el cadáver.*)

MARTÍN.—Allí vivirán también ustedes, hasta que se reconstruya la casa.

JUAN.—¡Reedificar la casa! ¡y con qué, Martín! ¡Haré un rancho de adobe, yo mismo, p'a morirme en él de hambre y de tristeza!

(1) A dónde.

MARTÍN.—(*A Jerónimo.*) ¿Y cómo lo llevaremos?

JERÓNIMO.—Ahí vienen los otros que nos han de ayudar... ¡Eh! ¡compañeros!

ESCENA VII

Dichos, los dos NUTRIEROS.

1.º—¿Qué hay?

JERÓNIMO.—Vamos, denmen una manita p'a embarcar al pobre don Pedro.

2.º—Güeno.

1.º—Ponete vos de aquel lau. (*Embarcan el cadáver, ayudados por Martín y Juan, en uno de los botes.*)

MARTÍN.—Vamos, Leonor.

LEONOR.—¡Tatita, tatita! (*Llora.*)

JUAN.—¡Quién había 'e creer anoche!...

MARTÍN.—Acompañémoslo en el mismo bote... Ellos remolcarán. (*Se embarcan.*)

LEONOR.—¡Martín! ¡Martín! Ya no

hay consuelo para nosotros. (*Lo abraza.*)

MARTÍN.—Quizá lo haya... dentro del círculo de hierro...

1.º—El tiempo v'a mejorar.

JERÓNIMO.—Ahí sale el sol.

TELÓN

ACTO CUARTO

La misma decoración del primer acto, pero en lugar de la casa sólo se ven montones de escombros y el alero, única cosa que ha quedado en pie. Tras de estos escombros, hacia el fondo, se levanta un pobrísimo rancho de adobe, recién construído, y Juan, subido al techo, está acabando de empajarlo. Leonor vestida de negro, pero mucho más elegante que en el primer acto, está sentada junto al viejo fogón, tomando un mate. Ceba otro y va á dárselo á Juan, empinándose para alcanzarlo.

ESCENA PRIMERA

LEONOR y JUAN.

LEONOR.—¿Hoy mismo estará concluído?

JUAN.—Hoy.

LEONOR.—¿Y los muebles?

JUAN.—Los trái Jerónimo del pueblo, en un carrito de l'estancia.

LEONOR.—¿De modo que esta noche podremos dormir aquí?

JUAN.—Si Dios quiere.

LEONOR.—¡Me alegro muchísimo!

JUAN.—¿Sí? ¿Y á qué viene tanto *apuro?* (1) ¿No estás bien en l'estancia?

LEONOR.—¡A cada uno su lugar, Juan!

JUAN.—¿Y áhi no estabas en tu lugar, conmigo y con Martín?

LEONOR.—Sí, pero hoy llegan los recién casados á pasar unos días... Y no era propio que me quedara en la estancia con ellos.

JUAN.—¡De qué modo lo decís!

LEONOR.—¡Ay! es que tú no sabes...

JUAN.—¡Qué! ¿T'hicieron algún desaire la vez pasada?

LEONOR.—(*Evasiva.*) No, no es eso... Nada.

JUAN.—Podía ser muy bien, aunque los puebleros saben ser bastante comedidos.

LEONOR.—(*Distraída.*) Eso sí.

JUAN.—*Aura* (2) que decís de los recién casaus... Parece qu'el casorio fué

(1) Prisa.

(1) Ahora.

de un lujo tremendo... ¡Las *mentas* (1) no más si oyen!

LEONOR.—Son tan ricos... y como alternan con la alta sociedad...

JUAN.—¿L'alta sociedad?... ¿Y eso con qué se come?... Pues, señor, ya no falta más qu'este pedacito. Bajaré p'a tomar un mate á gusto. (*Baja, y Leonor le da mate.*)

LEONOR.—¡Velay! como solía decir tatita. ¡Pobre tatita!... ¡Todavía no me parece cierto!

JUAN.—¡Y á mí que me salvé no sé cómo!... ¡Y por socorrerme, precisamente!... Es cosa de milagro...

LEONOR.—La verdad: ¡fué milagroso!

JUAN.—¡Ya lo creo!

LEONOR.—Cuéntame cómo pasó.

JUAN.—¡Pero si ya lo sabés!...

LEONOR.—No importa, nunca me canso de oirlo...

JUAN.—Ya díbamos á pasar el arroyo, cuando un redemente, un remolino nos agarra el botecito que se pone á bai-

(1) Elogios.

lar como un trompo... y ¡zas! sin darnos tiempo p'a nada, se nos tumba.

LEONOR.—¡Qué horror!

JUAN.—Los dos nos cáimos al agua, naturalmente, y tata, que sabía nadar como un pescau, me gritó: «¡No te ocupés de mí! ¡Agarrate fuerte del bote, y sostenete todo lo que podás! ¡Yo t'he socorrer! Dejate llevar, no más».

LEONOR.—¡Valiente tatita!

JUAN.—¡Más guapo!... Yo por una pura casualidá—porque ya no hacía pie,—me pude medio trepar á la chata tumbada, y entonces vide que tata nadaba con toda su juerza p'al lau de las casas, de juro p'a correr al puente y desde áhi tirarme alguna sogga, porque la corriente me arrastraba como una condenada... Lo que le pasó después á tata, no sé... Puede ser que le haiga dau algún calambre...

LEONOR.—La misma corriente...

JUAN.—No. Asigún ande lo encontraron, salió perfectamente del arroyo...

¡Dios vaya á saber!... A mí jué arras-trándome la corriente cada vez con más juria hasta que ¡zúmbate!... Sentí un golpe tremendo, vi una cosa como un relámpago, y áhi no más quedé...

LEONOR.—¿Fué cuando te heriste?...

JUAN.—Sí. Había ido á dar contr'uno 'e los pilares del puente que se llevó l'agua, y lo mesmo que me pudo matar me salvó. ¡Milagro!...

LEONOR.—La verdad...

JUAN.—¡Si el bote no se me queda atas-cau en los escombros, de juro que v'y (1) á Samborombon, y si te vi no me acuerdo!... Ni anque no juera á dar al mar, lo qu'es de los cangreja-les... Pues, áhi s'estuvo la chata la noche en peso y á la madrugada m'encontraron los piones que jueron á ver el puente... Pero á tata ¡pobre tata! ¡cada vez que pienso como lo encon-tramos!... ¡Qué barbaridá!...

(1) Voy.

LEONOR.—Y piensas á menudo, ¿no es verdad?

JUAN.—¡Oh, y de no!... ¡Y cada vez que me acuerdo, me da una rabia!... ¡Tuavía si me hubiese ahugau yo también!...

LEONOR.—¿Por qué hablas así, Juan?

JUAN.—Porque hubiese sido mejor que me muriese yo, y no tata. ¡O ya qu'iba á morirse, morirme yo también, p'a no ver tanta cosa!...

LEONOR.—¿Y qué cosas ves, mi Juan?

JUAN.—¿Qué? Que vos y Martín andan más tristes que ánimas en pena... y no sólo por la muerte de tata... Que así como sin querer van tomando otros modos... más finos... se visten de otra manera... hablan de cosas muy raras, con palabras extrañas, que yo no puedo entender, no, no puedo entender... ¡Qué querés que te diga!... ¡Ya no me tratan como antes, tampoco, y ni me hacen caso cuando quiero conversar con ustedes... y eso que

áura... á mí también me gustaría aprender... p'a no ser tan bruto!...

LEONOR.—¡Que no te hacemos caso, Juan! ¿estás en tu juicio?...

JUAN.—Sí, pero, cuanti más, hablan cuatro palabras conmigo, como de lástima.

LEONOR.—Pero tú mismo dices que no nos entiendes.

JUAN.—¡Es que... debr'ían hablar de lo qu'entiendo!...

LEONOR.—¡Pobre mi Juan!... Pero tú también entenderías si hubieras pasado por donde hemos pasado nosotros.

JUAN.—Por la escuela, ¿no?

LEONOR.—No, Juan; por esa clase de escuelas no: por otras.

JUAN.—¿No ves? ¡Ya no t'entiendo!...

LEONOR.—Mejor, mucho mejor para ti.

JUAN.—A menos que no sea... Pero eso era una payada no más, ¿verdá?

LEONOR.—(*Desentendiéndose.*) ¿Quieres otro mate?

JUAN.—No. V'y á prender un cigarro,

p'a pitar mientras sigo techando. Con el mate no se puede; y no se le toma gusto tampoco. (*Sube al techo. Desde arriba.*) Alcanzame esas pajas, hazme el favor.

LEONOR.—Toma, y apresúrate para acabar hoy mismo.

JUAN.—Ya lo creo qu'he acabar... ¡Ah! ahí viene Martín.

LEONOR.—Es raro...

JUAN.—Y trái un paquete debaj'el brazo.

LEONOR.—¿Habrán llegado ya?

JUAN.—¿Quiénes?

LEONOR.—Los recién casados...

JUAN.—Pueda ser. (*Pausa. Leonor se queda pensativa.*) ¡Vaya! ¡Ya acab' este lau! ¡Aúra al otro lo acabo en un santiamén, y que llueva á ver si gotea! (*Desaparece en el techo.*)

MARTÍN.—(*Dentro.*) ¡Buenas tardes, Juan!

JUAN.—(*Id.*) Hola, Martín, ¿qué tal?

MARTÍN.—(*Id.*) Va adelantando el trabajo, ¿eh?

JUAN.—(*Id.*) ¡Rigular! Aura mesmito tendremos rancho, y p'a mucho si Dios quiere...

ESCENA II

LEONOR, MARTÍN, que aparece con un haz de arbolillos bajo el brazo.

MARTÍN.—(*Alegremente.*) Buenas tardes, Leonor. (*Deja á un lado los arbolillos.*)

LEONOR.—¡Qué cara tan extraña traes, Martín!

MARTÍN.—Es que acabo de hacer un descubrimiento.

LEONOR.—(*Distraída.*) ¿Un descubrimiento?

MARTÍN.—Sí.

LEONOR.—(*Pensando en otra cosa.*) Y... ¿vinieron?

MARTÍN.—Precisamente... Y por ahí va el descubrimiento.

LEONOR.—¡Cómo!

MARTÍN.—Ven. (*Se sienta.*) Siéntate

aquí, á mi lado, bajo el alero... Es curioso que de la casa vieja sólo el alero haya quedado en pie... ¡Y hasta tiene golondrinas!

LEONOR.—Sí, es primavera... ¡Pero qué contento estás hoy... tan luego!...

MARTÍN.—No es para menos... Ven, pues, siéntate aquí. (*Leonor se sienta.*) ¿No te hace acordar esto de otros tiempos mejores?

LEONOR.—Sí, con profunda tristeza. . . Todo el pasado está en ruinas...

MARTÍN.—(*Señalando el rancho nuevo.*) El pasado renace.

LEONOR.—Empequeñecido... y otro.

MARTÍN.—Es que ese pasado que parece pequeño y distinto, es el porvenir. ¡Hay que dejarlo crecer, hay que fomentarlo para que crezca!

LEONOR.—Ya hemos hablado tanto de esas cosas que desesperan á Juan porque no las entiende... Ahora, lo que quisiera saber es el descubrimiento ese... de cuando vinieron...

MARTÍN.—Aguarda. Vamos poco á po-

co. Empecemos por el principio...

¿Vas á vivir aquí, con Juan?

LEONOR.—¡Claro que sí! Aunque yo y tú somos como hermanos, al fin... no eres sino mi primo; y no estaría bien...

MARTÍN.—(*Con intención.*) ¿Ahora te das cuenta de eso?

LEONOR.—Hace días que lo vengo pensando, ¿por qué?

MARTÍN.—Por nada... como nunca, hasta ahora, habías llegado á considerarme sino como tu hermano... Pero... eso pertenece á la serie de observaciones que empecé... cuando «llegaron». (*Transición.*) Pues... habrá que agrandar el rancho.

LEONOR.—Pero si tiene tres piezas y cocina...

MARTÍN.—Es chico.

LEONOR.—Para Juan y yo basta y sobra...

MARTÍN.—Es que... voy á retirarme de la estancia de Fernández.

LEONOR.—(*Sorprendida.*) ¡Cómo!

MARTÍN.—Y á asociarme con Juan... y contigo.

LEONOR.—No me habías dicho una palabra.

MARTÍN.—No; si es una cosa que se me acaba de ocurrir. La inundación que costó la vida á tu padre y que arrasó la estanzuela ha sidó un presente del cielo para la estancia, salvada por sus obras de defensa, y que no perdió un animal ni una hebra de lana. Los precios subieron notablemente: novillos, capopes, cosecha, todo se ha vendido á peso de oro; y esta esquila va á dar un enorme rendimiento.

LEONOR.—Ya lo sé.

MARTÍN.—Pues bien: pensaba pedir al señor Fernández la pequeña parte que me corresponde, y prestársela á Juan para que repoblara la estanzuela como pudiese. Pero luego me ha parecido que Juan no haría nada de provecho ó haría muy poca cosa con unos cuantos miles de pesos, dada la rutina de que no ha podido salir to-

davía... Ahora: manejando yo mismo, y personalmente, ese modesto plantel, en diez años habríamos reconquistado todo lo perdido, y puede que mucho más.

LEONOR.—¡Martín!

MARTÍN.—¿Te parece mal?

LEONOR.—¡Mal! ¿Por quién haces eso?
¿Por Juan?

MARTÍN.—No... sí... no, qué diablos, por él no. Ahora que lo examino, veo que no.

LEONOR.—¿Por mí, entonces?

MARTÍN.—Sí.

LEONOR.—(*Muy conmovida estrechándole la mano.*) ¡Oh, Martín, Martín!

MARTÍN.—(*Conmovido también.*) ¡No es para tanto!

LEONOR.—(*Llamando.*) ¡Juan, Juan!

JUAN.—(*Asomando la cabeza.*) ¿Qué hay?

LEONOR.—(*Alborozada.*) ¡Que Martín se viene á vivir aquí, y se asocia con nosotros para repoblar la estanzuela!
¿No te alegras?

JUAN.—¡Cómo no! ¡Espera que allá voy!

LEONOR.—Me parece que renazco á la vida y que todo se desvanece como un mal sueño.

ESCENA III

Dichos, JUAN.

JUAN.—(*Entrando.*) ¿Cómo es eso de la sociedad? ¿Y l'estancia?

MARTÍN.—La dejo para venir á trabajar honrado é independiente en lo mío... con los míos. Uno es rey en su casa.

JUAN.—¡Pero... perdés una fortuna!

MARTÍN.—Para ganar otra... Hay mil caminos en la vida... Ciego el que se estrella testarudamente por seguir uno, creyendo que es el único... Lo que sí, mi pobre Juan, habrá que hacer cosa muy distinta que antes...

JUAN.—Mirá, Martín: soy bruto pero no tanto que no comprenda las cosas que

saltan á la vista... Y si esos modos nuevos de criar hacienda ponen rico á medio mundo, criollos y gringos, claro está que yo los haría también... si supiera. Pero vos sabés, en cambio... y yo... ¡bah! ¡yo seré tu pión!

MARTÍN.—Mi socio y mi hermano...
¡Tienes un corazón más grande que una casa, Juan!

JUAN.—¡Corazón de gaucho es lo que más abunda en la familia!

MARTÍN.—Entonces, ¿estamos convenidos?

JUAN.—¡Estamos, hermano, estamos!
(Se estrechan las manos.)

LEONOR.—*(Va á ponerle la mano sobre el hombro, enternecida.)* ¡Oh, Martín!

MARTÍN.—Pues mañana mismo escribiré al señor Fernández, y me pondré á buscar un buen plantelito de vacas y otro de ovejitas, y ya verás... A pesar del pobre rancho, haremos instalaciones modernas para los animales... aquí, sobre estas ruinas. Ahora dame

una pala. (*Va á tomar los arbolitos.*)

JUAN.—¿Qué vas á hacer?

MARTÍN.—A no perder tiempo, Juan: á plantar ahora mismo estos arbolitos, que traje, seguro de que nos habíamos de arreglar... El rancho apenas está hecho y ya hay que pensar en agrandarlo...

JUAN.—Aquí tenés la pala.

MARTÍN.—(*Continuando.*) ¿Por qué no pensar, también, en la sombra de mañana? (*Martín comienza á cavar y plantar.*)

JUAN.—¡Entonces yo... al techo!...

ESCENA-IV

MARTÍN, LEONOR.

LEONOR.—(*Siguiéndolo, mientras planta.*) ¡Pero á todo esto, no me has dicho todavía de qué descubrimiento se trataba!...

MARTÍN.—¿De uno solo? ¿No te hablé de dos?

LEONOR.—No, de uno nada más.

MARTÍN.—Estás equivocada. Debo haberte hablado de dos.

LEONOR.—Te digo que no.

MARTÍN.—Pues... habrá sido una distracción. Los descubrimientos son dos.

LEONOR.—¿Cuáles, di?

MARTÍN.—¿Te interesa?

LEONOR.—Mucho.

MARTÍN.—Es raro.

LEONOR.—¿Por qué?

MARTÍN.—Como hasta hace poco no te interesaba nada...

LEONOR.—¡Di, hombre, di! ¿O crees que no soy curiosa é impaciente yo también?

MARTÍN.—Pues en este caso...

JUAN.—(*Asomando la cabeza, grita.*)

Ahí vienen los novios en el «doca».

LEONOR.—(*Con ligerísima emoción, inmediatamente contenida.*) ¡Vienen!

MARTÍN.—Es muy natural que se paseen, y tendrán curiosidad de ver las ruinas... Como aquí no hay mucho

donde ir, y ellos fueron testigos de la catástrofe...

LEONOR.—Es verdad... pero, veamos los descubrimientos.

MARTÍN.—(*Después de una pausa.*)
Pues vamos á explicar los tres descubrimientos.

LEONOR.—¡Vaya! Te estás burlando de mí... Un descubrimiento que luego resultan dos y en seguidita tres, y .. quién sabe si cuatro...

MARTÍN.—¡Quién sabe, en efecto!

LEONOR.—(*Viendo aparecer á García y Lucía.*) No creí que llegaran hasta la misma casa.

ESCENA V

Dichos, LUCÍA, GARCÍA.

LUCÍA.—(*Alegremente.*) ¡Muy buenas tardes!

MARTÍN.—(*A García.*) ¡Tanto bueno por aquí!

GARCÍA.—Hemos querido hacer nuestra primera peregrinación al sitio que tan-

tos recuerdos tiene para nosotros...
¡Pobre don Pedro!

MARTÍN. — ¡También esos recuerdos tristes se mezclan con otros bien agradables por cierto!

LUCÍA.—(A Leonor.) La noto de mucho mejor aspecto que el año pasado.

GARCÍA.—También tuvo tanto que sufrir entonces.

LEONOR.—¡Ah, sí, señora, mucho!... Pero... hay que resignarse... hay que buscar consuelo (*Mirando instintivamente á Martín*) entre los suyos... y felices cuando lo encontramos...

MARTÍN.—En el círculo de hierro...

GARCÍA.—¡Y bien merece usted encontrarlo!

MARTÍN.—Los recién casados rebosan siempre de bondad.

LEONOR.—Y de galantería. Pero siéntense ustedes... Aunque todavía no hayan llegado los muebles, ¡tristes muebles! aquí hay una silla para la señora. Usted tendrá que contentarse con un banquito.

GARCÍA.—Muchísimas gracias.

LEONOR.—¿Piensan ustedes permanecer muchos días en la estancia?

LUCÍA.—No. Apenas una semana.

GARCÍA.—Tenemos mucho que hacer en la ciudad. Mi suegro quiere á toda costa que inicie algún negocio, alguna empresa...

LUCÍA.—Sí, es un capricho, pero no deja de tener razón, pá: es hombre práctico, como él mismo dice, y moderno. Ser moderno es trabajar y ganar mucho dinero, según él...

GARCÍA.—Se ha compenetrado en la idea de que á nosotros nos toca construir, á toda prisa, sin descanso, como hormigas... Es el papel que nos atribuye. Todo lo que no sea acción, le parece un entorpecimiento... (*A Martín.*) Y usted, don Martín, ¿cómo se nos escapó tan de repente esta tarde?

MARTÍN.—Tenía prisa por venir á... á plantar estos arbolitos. Vamos á repoblar la estanzuela con la ayuda de

Dios... provocada por el sudor de nuestra frente.

LUCÍA.—Sí, ya veo la casita... pero ¿por qué dice usted «vamos»?...

MARTÍN.—Porque yo también soy de la partida... Me asocio con ellos. (*Aparece Juan que, después de saludar con el sombrero, va al fogón á cebarse mate.*)

GARCÍA.—¡Ah! ¿Y la estancia?

MARTÍN.—Ya está encaminada, cuenta con un personal muy competente; el señor Fernández, aunque crea necesitar me, puede substituirme, quizá con ventaja... y, en cambio, hay otros que me necesitan de veras y que no me encontrarían reemplazante.

ESCENA VI

Dichos, JUAN.

LEONOR.—¿Acabaste, Juan?

JUAN.—Acabé. Aura no faltan más que los muebles, porque las paredes están bien secas.

LUCÍA.—¿Usted ha hecho la casa?

JUAN.—¿Qué? ¿El ranchito? ¿Y quién l'iba cer entonces?... ¿Quiere servirse un matecito?

LUCÍA.—Ya sabe que no tomamos, pero... por venir de quien viene...

JUAN.—¡No, por mí no, niña! lo qu'es por mí...:

LUCÍA.—¿No le importa? (*Risueña.*)

JUAN.—No digo eso; pero no lo tomaría á desprecio... Es que, como no tenemos te ni galletitas... (*Leonor mira á Martín, que permanece impasible.*)

LUCÍA.—(*Devolviendo el mate á Juan.*)
¡Está muy bueno el mate... aunque es tan amargo!...

JUAN.—¡Lo que son las cosas!... Y nosotros los paisanos no entendemos de dulces...

LUCÍA.—(*A Martín.*) ¿Y pá sabe ya que usted lo deja?

MARTÍN.—No, señora, todavía no. Voy á escribirle mañana. Hay tiempo. No pienso dejarlo diciéndole: «¡Ahí queda eso!» Podrá buscar sin prisa otro

mayordomo... ¡Ah! en cuanto á usted, señor García, deseo pedirle un gran servicio...

GARCÍA.—¡Lo que usted mande!

MARTÍN.—Es algo de mucha importancia, sobre todo para mí, pero no dudo de su bondad.

GARCÍA.—De mi amistad... y hace usted perfectamente: cuanto yo pueda y esté en mi mano.

MARTÍN.—Pues... usted tiene los niveles de este campito, desde que los estudió para el desagüe de la estancia... Deseaba pedirselos para utilizarlos.

GARCÍA.—¿Va á mandar hacer, por fin, la obra?

MARTÍN.—Si usted me da esos elementos, imprescindibles, la haremos Juan y yo, con los pocos peones de que podamos disponer.

LUCÍA.—¡Ustedes mismos!

MARTÍN.—(*Tendiendo ambos brazos.*)
Como que nuestro mayor capital es éste.

GARCÍA.—¡No, amigo don Martín! Ya

lo sospechaba, pero ahora ya estoy seguro de ello hasta la evidencia: ¡el mayor capital de usted está aquí y aquí! (*Señalando el corazón y la cabeza.*)

MARTÍN.—Es benevolencia suya...

LEONOR.—(*Acercándosele.*) ¡Es la verdad!

GARCÍA.—(*Aparte á Lucía.*) Busca un pretexto cualquiera: ¡tengo algo que decirte, y ésta es la mejor oportunidad!

JUAN.—(*A Lucía.*) Otro matecito, niña.

LUCÍA.—(*Riendo.*) No, muchas, muchas gracias, don Juan: basta con uno. Ven, Ernesto.

LEONOR.—¿Se van ustedes, ya?

LUCÍA.—No; pero esta peregrinación debe tener también su parte pintoresca. Quiero ver su jardín, Leonor, los sauces, el ojo de agua en que saltan las piedritas...

LEONOR.—¡Oh! todo está destruído, todo parece que llora... No ha quedado una flor.

LUCÍA.—(*En el fondo.*) ¡Pues desde aquí lo veo todo cubierto de flores!

LEONOR.—(*Corriendo á asomarse.*) Es cierto... ¡y es una verdadera novedad para mí!

LUCÍA.—Es que en primavera todo florece cuando menos se piensa... Vamos, Ernesto.

LEONOR.—Yo los acompañaré.

LUCÍA.—No; no se incomode.

MARTÍN.—(*Sonriendo.*) ¡No olvides, Leonor, que son recién casados!

LEONOR.—¡Es verdad!

LUCÍA.—No, por eso no... (*Vanse.*)

ESCENA VII

Dichos menos GARCÍA y LUCÍA.—Un carrito con muebles conducido por JERÓNIMO.

JERÓNIMO.—(*Entrando.*) Aquí están los muebles.

JUAN.—Vamos á bajarlos.

MARTÍN.—Todavía hay sol para rato. Espera á que se vayan las visitas.

JUAN.—¡Oh! De mientras, algo se pue-

de ir haciendo, sin incomodar á nadie.
¿No decís vos mismo que no hay que
perder tiempo?

LEONOR. — ¡También Juan piensa
ahora!

MARTÍN.—Sí, con el corazón, que á ve-
ces vale más que la cabeza... Voy á
dárlas una manita ya que se empe-
ñan.

LEONOR.—No, oye, espera... Yo tam-
bién he hecho un descubrimiento.

MARTÍN.—Yo lo hice también: ¡es el
cuarto!

LEONOR.—(*Conmovida.*) ¡Martín!

MARTÍN.—Pues... antes que llegaran
estaba nervioso, amedrentado, como
si me amenazara una gran desgracia...
Temía la impresión del primer mo-
mento... Llegó el coche, bajó García
jovial y afable, bajó ella con la sonrisa
en los labios y... no era *eso*... Lo que
yo tenía dentro se parecía á *otra* per-
sona... Los dejé... medité un rato...
una luz nueva me iluminó de repen-
te... entonces salí corriendo... fuí á la

huerta... recogí estos arbolitos que habían sobrado de trasplante... me vine de un galope... Acababa de hacer el primer descubrimiento, ¿lo adivinas?

LEONOR.—Sí, que ya no la que...

MARTÍN. — (*Interrumpiéndola.*) Chit.

Ya, no... *ni antes tampoco...* Era un descubrimiento pasajero, la forma desusada en que se me presentaban prendas y méritos á que ya podía estar acostumbrado...

LEONOR.—¡Cómo!

MARTÍN.—Ya verás. Vine... y por la manera como recibiste la noticia de mi resolución, comprendí una cosa, precisamente la que constituye mi segundo descubrimiento: que me querías como... como un hermano predilecto, ¿no es así?

LEONOR.—Sigue, sigue; ¿y el tercero?

MARTÍN.—Juan nos anunció que venían, y sin embargo, te interesaste más por mis asuntos que por su llegada...

Tercer descubrimiento... ¡uno de los más graves!...

LEONOR.—¡Oh, Martín!

MARTÍN.—En cuanto al otro, al cuarto... es el primero mío, con la única diferencia de que el protagonista eres tú... Ahora falta el quinto, la síntesis, el coronamiento...

LEONOR.—¡Di, di!

MARTÍN.—Que nos queremos, que nos queremos con toda el alma, porque nos la hemos visto hasta el fondo.
.. (*Leonor cae sollozando en brazos de Martín.*)

LEONOR.—(*Abrazada á él.*) ¡Y nos hemos querido siempre, Martín, sólo que, como tú dices, nos queríamos en reflejos más brillantes que nosotros mismos! (*Se separan conmovidos.*)

MARTÍN.—Sí, en reflejos...

JUAN.—(*Acercándose.*) ¿Qué es eso?
¿Qué les pasa?

MARTÍN.—Nada. Que hemos resuelto no hacer el otro cuarto. Menos trabajo para ti.

JUAN.—(*Sorprendido y aterrado.*) ¡Cómo! ¡Ya no venís! ¡Te echaste atrás!...

MARTÍN.—Lo merecerías por desconfiado... Pero, por el contrario, con tu permiso, me caso con Leonor.

JUAN.—¡Hermano!...

ESCENA VIII

Dichos, GARCÍA, LUCÍA.

GARCÍA.—(*A Martín.*) ¿Está usted realmente resuelto á dejar la estancia?

MARTÍN.—Con tanta mayor razón cuanto que tendré que hacer valer el pequeño capital de... mi esposa.

GARCÍA y LUCÍA.—¡Ah!...

GARCÍA.—Mi enhorabuena, señorita; hay pocos, muy pocos así.

LEONOR.—Estoy convencida de ello, García.

GARCÍA.—¡Y á usted, picarón, mis felicitaciones! ¡Ha sabido usted aprovechar dotes muy brillantes, para prepa-

rarse la... «interlocutora»! Pues bien, pasando á otra cosa, Martín: Lucía ha tenido la excelente idea...

LUCÍA.—No: ¡la idea es tuya, exclusivamente tuya!...

GARCÍA.—La excelente idea, que aplaudo y me apresuro á poner en práctica, de confiar el capital que á la fuerza quiso darle su padre, á manos de usted, Martín, para que lo haga valer, como el de su esposa.

MARTÍN.—(*Preparándose á rechazar el ofrecimiento. Leonor le hace señas de que calle.*) Señor García...

GARCÍA.—Ustedes pondrán el campo, la inteligencia y el trabajo; yo mis escasos conocimientos científicos, y las máquinas y herramientas necesarias para hacer la defensa de la propiedad. Lucía su capitalito... De las utilidades haremos tres partes: una para nosotros, como capitalistas, otra para Leonor y don Juan por el mismo concepto, como propietarios del campo, la tercera para usted, Martín, como so-

cio industrial y eje de la empresa...
¿Conviene?

MARTÍN.—Siento mucho...

LEONOR.—(*Interrumpiéndolo.*) Diría la mitad de la persona que formamos los dos, por un escrúpulo nacido de un espejismo... de una brillazón... La otra mitad dice que acepta gustosa, porque sabe y le consta que el beneficio será recíproco... señora...

LUCÍA.—Leonor...

LEONOR.—(*Cariñosa.*) Lucía, Martín aceptó como yo, pero con la absoluta condición de que no se hagan sino dos partes iguales. ¿No es así, Martín?

MARTÍN.—Y decir que estando juntos...

LEONOR.—¡Pero estábamos deslumbrados!

JUAN.—¡Y á todo esto, ande irá á pará mi ranchito!

MARTÍN.—En él viviremos hasta que se caiga ese alero, el último resto, con esta tierra que pisamos y con nosotros mismos de lo que hicieron y conquis-

taron nuestros nobles y rudos abuelos. Sobre esas ruinas alzaremos entonces otro edificio que envejecerá y derrumbará á su vez. La vida tiene crueldades, pero no la de que las ruinas sean eternas ni tampoco la de que todo lo viejo desaparezca arrastrado por el turbión como un guiñapo sin merecer una mirada ni una lágrima. Tu rancho será nuestra casa, Juan: casa á la antigua, costumbres á la antigua, corazones viejos, ¡pero ideas nuevas! La inundación nos ha llevado hartos cariños para que sigamos empeñados en no hacer desagües.

JUAN.—¿Y diande vi á sacar yo ideas nuevas?

MARTÍN.—Del corazón, de tu hermoso corazón. Quizás seas un retardo de la generación anterior, con la que laborastes, pero él es también un elemento sano, y tus hijos serán lo que nosotros, é irán más lejos que nosotros.

JUAN.—Sí, pero yo, yo que no valgo nada...

MARTÍN.—Ni éste, que es el hombre de ciencia (*por García*), ni éste, que es el trabajador estudioso (*por él mismo*), ni éste, que es el hombre primitivo, vale más uno que otro... Cada cual desempeña honradamente el papel que le ha tocado...

LEONOR.—(*Abrazándolo.*) ¡Oh! qué cierto es.

GARCÍA. — (*Estrechándole la mano.*) ¡Oh, don Martín! (*Sin dejarle la mano, á Lucía.*) Mira, mira cómo irradia el sol...

LEONOR.—El amor... (*Rayos de sol poniente que forman á las ruinas una aureola.*)

GARCÍA.—(*Continuando.*) ¡Sobre todo!

MARTÍN.—Hasta sobre las ruinas... ¡Parecen templos!...

